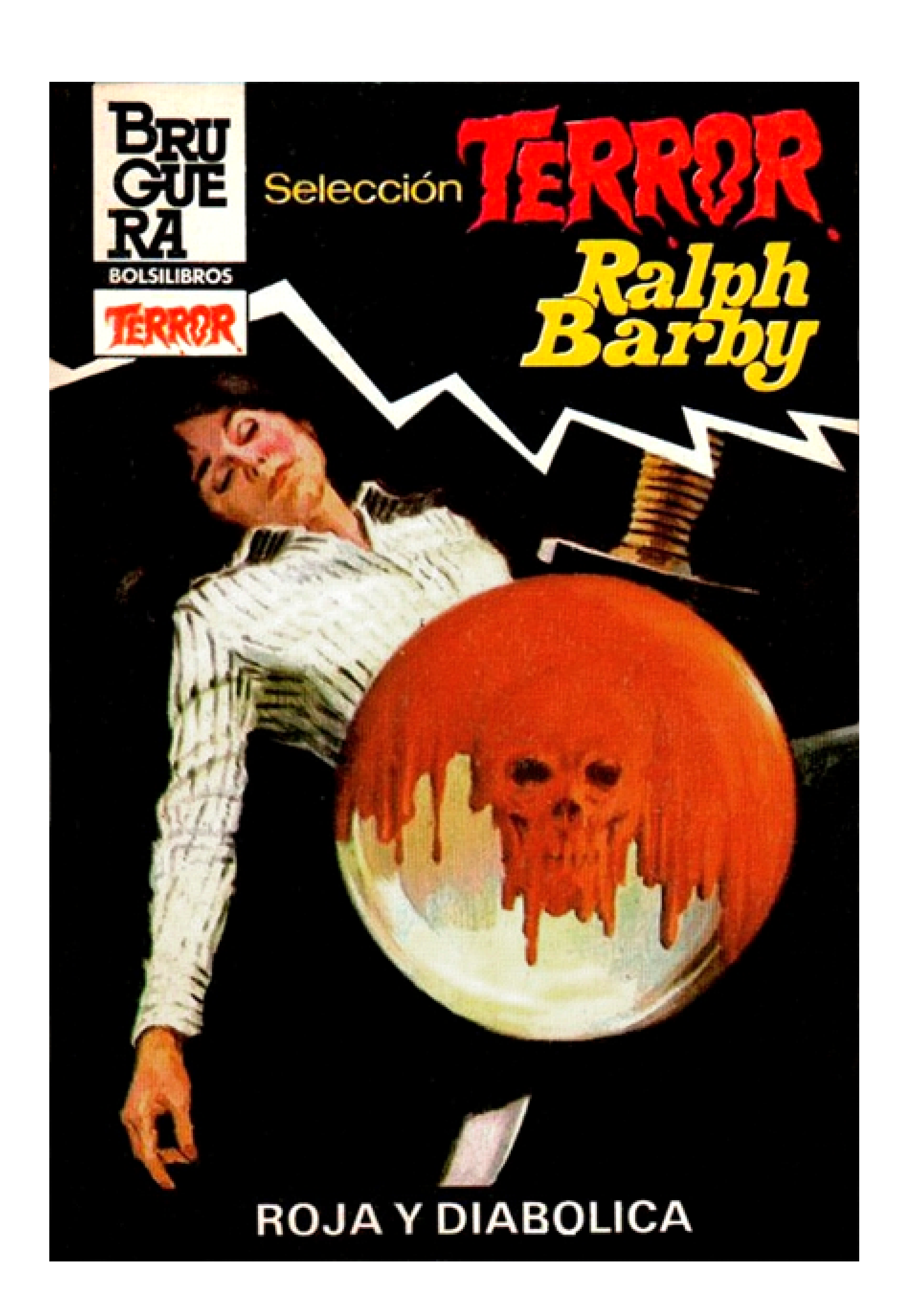


Selección TERROR

Ralph Barby

ROJA Y DIABOLICA


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ralph Barby
ROJA Y DIABOLICA



RALPH BARBY

ROJA Y
DIABOLICA

Colección SELECCION TERROR n.° 595 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

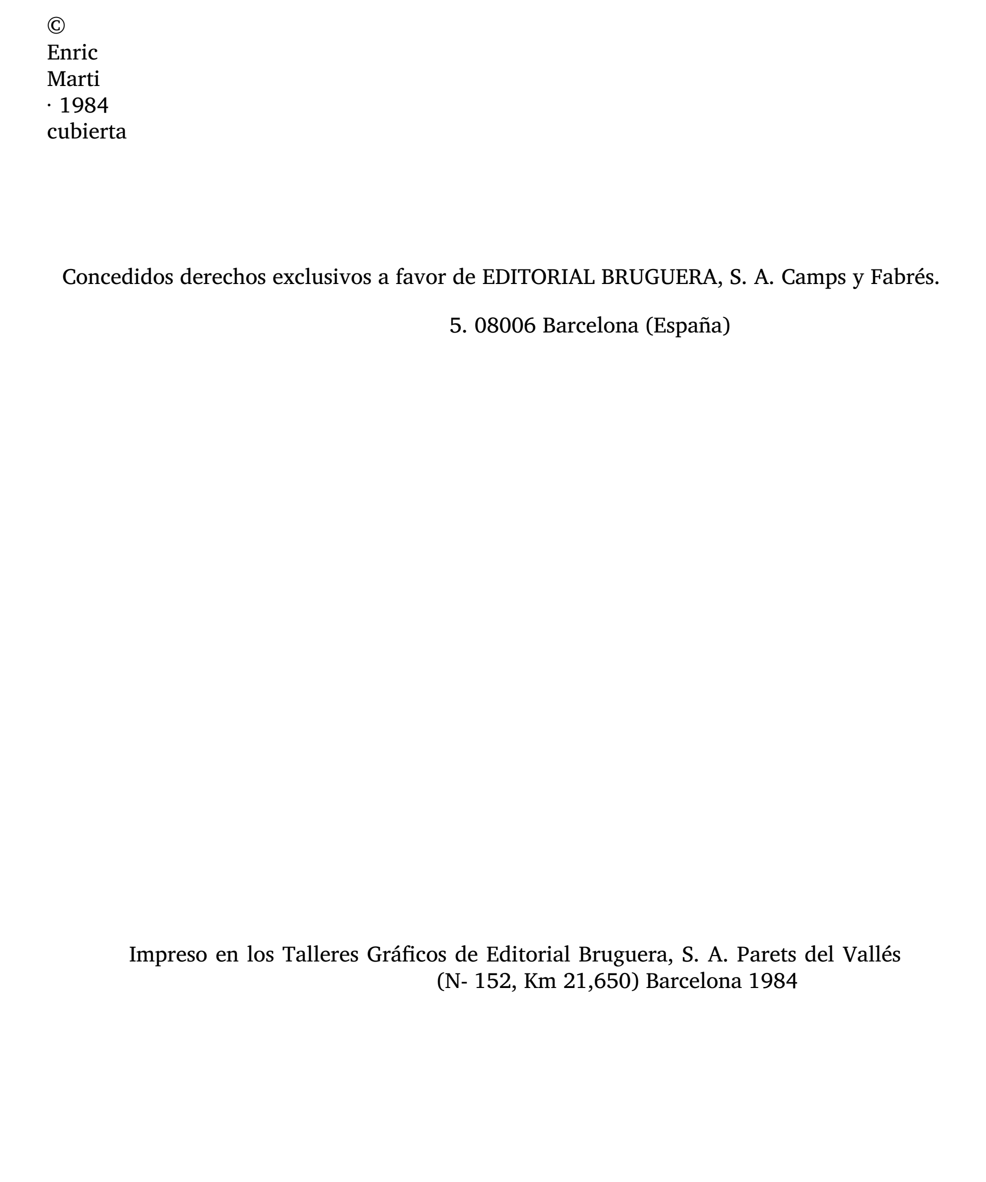
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio
Secreto
Punto
Rojo
Bisonte
Serie
Roja
Selección
Terror

La Conquista del Espacio

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 35.770
1984 Impreso en España Printed in Spain

1. ª edición en Esparta: diciembre. 1984 1.a edición en América: junio. 1985



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés
(N- 152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Ottilie cerró los ojos, vivamente impresionada por el relámpago que a poca distancia se había desparramado por el cielo, iluminando la noche en medio de la tormenta.

Rosemarie, que conducía el «Volkswagen», suspiró.

«Menos mal que no falta mucho para llegar», pensó.

El limpiaparabrisas batía con fuerza el cristal barriendo la lluvia que impedía la visión. Rosemarie había aflojado el pie del gas, seguía circulando pero a velocidad muy moderada.

—No puedo remediarlo, me dan miedo los relámpagos y los truenos; no puedo evitarlo

—se lamentó Ottilie.

—Sí, sí, pero no grites, que me sobresaltas y con esta tormenta un fallo puede enviarnos fuera de la carretera. Y menos mal que hay poca circulación.

—Si estuviéramos dentro de una casa y bien seguras... Pero así, solas en la carretera, me da miedo. Yo no soy tan valiente como tú.

—Yo también paso mis miedos, también los paso y me los trago. Deberías sacarte el carnet de conducir y ponerte al volante de un coche, verías cómo tendrías que tragarte el miedo para seguir adelante en circunstancias desfavorables como ésta.

— ¿Crees que tardaremos mucho en llegar? —preguntó Ottilie, inquieta. Rosemarie lanzó una mirada al cuentakilómetros y después opinó:

—No, no podemos tardar, ya hemos hecho los kilómetros que calculé en el mapa.

De no haber estado lloviendo como lo hada, de no quedar cegadas de vez en cuando por los rayos y estremecidas por los truenos, ya se habrían percatado de las primeras luces de la ciudad estaban cerca.

Shattiger era una ciudad provinciana al norte de Alsacia, una localidad que parecía haber quedado algo olvidada de las principales rutas de asfalto.

El modernismo y el confort habían llegado hasta allí, pero no con la

furia con que irrumpiera en las grandes ciudades. Allí, el tiempo semejaba haberse remansado.

Tampoco había crecido en número de habitantes, más bien al contrario. Muchos jóvenes habían partido hacia París en busca de trabajo. Otros, habían marchado a Berlín y a otras capitales alemanas, y también los había trabajando en diferentes industrias de Austria y Suiza.

El nulo aumento en el número de habitantes de la pequeña ciudad había evitado que se construyeran nuevos edificios. Por ello conservaba un estilo arquitectónico entre ochocentista y novecentista. Cualquier visitante que llegara de noche, tendría la impresión de haber dado un salto hacia atrás en el tiempo, máxime cuando se alzaban las densas nieblas que provenían del pantano que había a poca distancia río arriba.

Esas nieblas daban a la pequeña ciudad un aire todavía más antiguo y misterioso. Los propios ciudadanos de Shattiger notaban mucho menos estas impresiones que los forasteros que podían llegar procedentes de las grandes urbes.

—Ya hemos llegado — suspiró Ottilie.

—Sí, ya hemos llegado. Pararemos y así nos orientaremos con el mapa que nos mandó Asien.

Entraron por un amplio bulevar bordeado de tilos. Había algunos coches estacionados junto a las aceras, no demasiados. La lluvia había amainado y ahora caía monótona.

Rosemarie estacionó el vehículo junto a la acera y comenzó a desplegar un pedazo de papel que había formado parte de una carta y en el que se hallaba dibujado un mapa, con simpleza casi infantil.

—Si no hubiera estado lloviendo, habría salido a esperarnos —se lamentó Ottilie.

—Tenemos su número de teléfono, pero por aquí no veo ninguna cabina y tampoco veo bares abiertos. Es muy tarde.

—Sí, ya es madrugada. Rosemarie se disculpó:

—La tormenta nos ha hecho retrasar. Hubiera sido una locura circular más aprisa con todo lo que nos caía encima. Cuando sales de viaje en coche, sabes cuando sales, pero no cuándo llegas.

—Sí, sí, pero a ver si encontramos pronto la casa de Asien. La

sacaremos de la cama y que nos prepare una habitación. Si no fuera por la buena calefacción del coche, me sentiría helada.

Rosemarie pensó que su compañera y amiga no hacía más que quejarse, pero no quiso reprochárselo. Ella era quien había estado conduciendo y se sentía cansada, con pocas ganas de discutir. Durante la conducción había estado más nerviosa de lo que diera a entender a Ottilie.

Había notado correr el agua a mares sobre el asfalto de la carretera y perdido el control del vehículo, pero no lo había dicho para no asustar más a su amiga. Los relámpagos y los truenos también la impresionaban e incluso, en algunos momentos, la llegaban a aterrorizar, porque el relámpago la cegaba cuando la lluvia golpeaba con fuerza el cristal parabrisas.

Con los limpiaparabrisas parados y los faros apagados, tan solo con la lucecita para lectura de mapas y los cristales empeñados por millares de gotitas, cuando la lluvia ya cesaba, les sorprendió lo inesperado.

La portezuela del lado del conductor, es decir, la que Rosemarie tenía junto a sí, se abrió bruscamente, cuando la propia joven hubiera jurado que estaba el seguro puesto.

Ottilie gritó al ver el rostro que apareció junto a su amiga.

Era una mujeruca de ropas pardo oscuras y mojadas, con cabellos pobres y entrecanos pegados a su cara angustiada. Había una infinita desesperación en aquel rostro que mostraba unos dientes amarillentos y la falta de otros.

Aquel rostro encontrado en la soledad de la noche, entre las semioscuridades donde las sombras cobraban vida y la vida se hacía fantasmagórica, impactaba; sí, encogía el alma de quien por su mala suerte se viera obligado a enfrentarse a él. Miedo, terror, acaso pavor podía ser lo que su visión provocara en los sorprendidos noctámbulos, como aquella noche y a causa de la tormenta lo eran Rosemarie y Ottilie.

— ¿Qué le pasa, buena mujer? —preguntó Rosemarie, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para no dejarse llevar por el miedo que la sobrecogía.

Todo ocurrió en apenas uno o dos segundos; sin embargo, parecía que la eternidad se hubiera instalado en aquel coche, en aquella escena, como si el tiempo quedara fijado en una fotografía o en un óleo oscurantista del medioevo. ¿Qué artista habría sido capaz de reflejar lo que expresaban aquellos rostros femeninos?

Todo en unos segundos que a Rosemarie, y aún más a Ottilie, les parecieron la eternidad, el tiempo infinito, la caída en la cuarta dimensión sin esperanzas de retorno. Jamás olvidarían la impresión que les estaba causando la sorpresiva aparición de aquella mujeruca.

—Toma, Rosemarie, tú me sucederás —le dijo con su voz rota y áspera, una voz quemada por el aguardiente y la fría humedad de las madrugadas, hora óptima en las noches entre cuarto creciente y luna llena para la recogida de las hierbas medicinales, y también de aquellas otras más idóneas para conseguir los embrujos más difíciles.

Algo pesado, envuelto en un gran pañuelo campesino de color rojo oscuro, cayó sobre el regazo de Rosemarie. Antes de que la joven pudiera darse cuenta de lo que ocurría, la mujeruca cerró dando un portazo.

A Ottilie casi le había cogido un ataque de nervios. Instintivamente, Rosemarie puso en marcha el limpiaparabrisas mientras dejaba caer al piso del vehículo aquello que le entregara la desconocida anciana surgida de la noche.

El limpiaparabrisas barrió las gotitas de agua que dificultaban y distorsionaban la visión a través del cristal, y pudieron ver a la vieja corriendo, como dando alaridos, por el centro del paseo.

Un grupo de hombres encapuchados, blandiendo bastones y estacas, aparecieron junto al coche. No cabía duda alguna de que perseguían a la anciana que, despavorida, trataba de escapar.

— ¿Qué es esto, qué es esto? —chilló Ottilie con voz tan aguda que parecía herir los tímpanos de Rosemarie como si fuera un afilado cuchillo.

—Dios mío —exclamó Rosemarie en un lamento.

La docena de encapuchados dieron alcance a la vieja y los terribles golpes cayeron sobre su cabeza, sobre su cuerpo encogido, mientras por su garganta escapaban chillidos de dolor de fiera herida.

Manando la sangre por entre sus heridas y tumefacciones abiertas, la vieja se derrumbó. En el suelo, aún hizo menos bulto físico de lo que había parecido mientras huía.

Los encapuchados, insaciables, continuaron golpeándola y dándole patadas, de tal modo que el cuerpo, que apenas debía pesar nada, se movía de un lado a otro.

Si Rosemarie se hubiera acercado, en los ojos que se dejaban ver por

los agujeros de las capuchas habría visto odio, ansia de muerte, pero también miedo. Los encapuchados atacaban de aquella manera tan feroz porque iban en grupo, en manada de una docena, como jauría de perros cimarrones. Ninguno de ellos se habría atrevido a interrumpir solo en la noche de Shattiger, encapuchado o no, para acosar y matar a la vieja.

A distancia, visto a través del cristal parabrisas, lo que estaba ocurriendo semejaba dantesco.

Ottilie gemía y Rosemarie mantenía sus ojos abiertos sin saber qué hacer.

¿Qué podían hacer dos mujeres frente a aquel grupo de encapuchados que apaleaban y pateaban a una vieja en medio de la noche? Y pese a los terribles gritos no se encendían luces en las casas ni se abrían ventanas para ver qué estaba ocurriendo. Era como si nadie oyera, o quizá fuera que nadie quería oír.

Entre dos de aquellos hombres levantaron una tapa- parrilla por donde debían vaciarse aguas de la lluvia. Otros, agarraron a la vieja por los pies y la arrojaron dentro del hueco mientras otros dos vertían el contenido de unos bidones que llevaban consigo, como sabiendo muy bien cuál iba a ser el final de aquel suceso.

Incluso, tiraron dentro los bidones de plástico ya vacíos. Arrojaron cerillas encendidas y se produjo una gran llamarada, que brotó del alcantarillado como si éste acabara de convertirse en un rugiente horno o una salida infernal.

Pese a estar encerradas dentro del «Volkswagen», pudieron oír los atroces alaridos de la vieja, que moría quemada tras ser apaleada brutalmente.

Los encapuchados esperaron a que las llamas menguaran en altura y colocaron de nuevo la parrilla en su lugar, aquella parrilla que debía evitar que las pelotas de los niños se introdujeran en el alcantarillado. Después, los encapuchados se desperdigaron en todas direcciones.

Rosemarie no sabía si estaba despierta o dormida, sumida en una horrible pesadilla. Al desaparecer los encapuchados tras el feroz linchamiento, dos de ellos pasaron junto al coche de Rosemarie. A través del cristal parabrisas, descubrieron a las dos jóvenes. Rosemarie tenía su mapa en la mano. Clavaron sus ojos escrutadores y despiadados en las muchachas y luego, sin decir nada, prosiguieron su camino.

Ottilie se echó hacia atrás primero y hacia adelante después,

sollozando ruidosamente, unos gemidos que nadie oía aparte de Rosemarie.

—Tranquilízate, tranquilízate —pidió a su compañera.

El fuego aún salía por la tapa enrejada, pero ya no se oían más gritos.

— ¡Vámonos, vámonos de aquí! —gritó Ottilie ya totalmente fuera de sí, como asomada al abismo de las locuras.

Rosemarie temía que si su amiga caía en ese abismo ya no volviera a ser nunca su alegre compañera, la chica de la discoteca.

Rosemarie puso el coche de nuevo en marcha, sin saber hacia dónde dirigirse. Debía marcharse de allí antes de que Ottilie enloqueciera.

Tras sus talones notó aquella especie de regalo que la mujeruca le entregara antes de morir de forma tan violenta.

Los faros habían sido encendidos de nuevo y se alejaron del bulevar de los tilos. Dieron vueltas por varias calles hasta que detuvo el vehículo de nuevo en mitad de la calzada.

—Esto no puede ser… ¿Adónde vamos? No podemos seguir dando vueltas. Bajó la ventanilla, buscó una señalización y vio un rótulo, calle Fiedel.

—Vaya, no sé si es que la ciudad es muy pequeña o es mucha casualidad, pero estamos en la calle donde vive Asien.

Avanzaron hasta encontrar el número veintisiete y se estacionaron junto a la acera. Se apearon del coche y llamaron a la puerta de una casa sólida y antigua como sus vecinas, pegadas pared con pared.

Comenzó a llover de nuevo. Arreciaba con rapidez, pero la puerta se abrió y apareció Asien envuelta en una bata. Las miró asombrada y con alegría al mismo tiempo.

— ¡Rosemarie, Ottilie! Creí que no vendríais hoy por la tormenta… Pasad, pasad, que os estáis mojando.

Entraron en la casa cuya puerta se cerró a la tormenta, a la noche, a la tragedia.

—Ottilie, ¿qué te ocurre? Estás llorando —observó Asien en tono de pregunta.

— ¡Ha sido horrible, horrible! —gemía entre sollozos que la ahogaban.

— ¿Qué ha pasado? Imagino que la tormenta os ha cogido de lleno.

¿Habéis sufrido algún accidente?

—Si tienes algo de beber, dale doble o triple a Ottilie para que reaccione, y también para mí —pidió Rosemarie quitándose la chaqueta mojada y dejándose caer en una butaca, cerca de la chimenea, donde el fuego ya estaba casi consumido pero aún despedía calor.

Asien, buena anfitriona, reparó de inmediato en la chimenea medio apagada y puso un par de leños sobre los rescoldos. Utilizó el fuelle para avivar el fuego y las llamas prendieron tímidamente en los leños de roble secados durante dos o tres años.

Les sirvió coñac, que Ottilie bebió con avidez, conteniendo la tos. Rosemarie bebió más despacio y sus ojos quedaron clavados en las llamas que ya envolvían los leños, creciendo con prontitud.

—Ya pensaba que no veníais.

—Hemos tardado mucho por la tormenta —dijo Rosemarie—, pero eso no ha sido lo más horrible.

— ¿Qué entonces?

—Abajo, en el bulevar, una docena de hombres encapuchados han apaleado a una vieja y luego la han quemado viva.

Ottilie tosió todo lo que no había querido toser antes y siguió sollozando mientras la garganta le quemaba.

—Pero, ¿qué os pasa?

—Hemos visto cómo unos hombres encapuchados apaleaban a una vieja que huía y luego la han rociado con un líquido inflamable y la han arrojado a una alcantarilla.

—No es posible tamaña barbaridad, Rosemarie, no es posible.

—Lo hemos visto nosotras —replicó Rosemarie—. Estábamos dentro del coche tratando de interpretar el mapa que nos enviaste.

— ¿No habrá sido una alucinación? Será mejor que toméis algo caliente. Las habitaciones son confortables, os aseguro que estaréis bien en ellas.

— ¿Es que no vas a avisar a la policía? —se asombró Rosemarie.

—No ahora. Os prepararé algo de cenar.

—Yo no quiero tomar nada —protestó Ottilie.

—Mañana lo veremos todo más claro. Esta es una ciudad muy pacífica y se puede decir que la gente de bien nos conocemos todos. ¿Por qué habrían de perseguir a una anciana y tratarla como habéis dicho? No, no es posible.

—Asien —interpeló Rosemarie, resuelta—. Si no llamas tú a la policía, lo haré yo.

—Está bien, está bien, pero vas a comprometerme. Tengo que fiarme de vuestra palabra.

— ¿Es que no nos crees?

—Hay tormenta, relámpagos, truenos, habéis hecho un viaje cansado, acabáis de venir desde lejos. ¿Qué crees que puede decir la policía? De todos modos, llamaré, pese a que llueve mucho ahora. ¿A qué altura del bulevar ha sido?

—Como a la mitad. Hay un enrejado, una tapa de alcantarilla en el centro del paseo, supongo que es para que se lleve las aguas de la lluvia.

—De acuerdo. —Se acercó al teléfono, disco los números y aguardó—: ¿Policía? — Esperó unos segundos a que le respondieran y después habló, identificándose—: Soy Asien Hensell. Tengo dos invitadas en mi casa y al venir hacia aquí, en el bulevar, como a la mitad del mismo, dicen haber visto a una anciana que ha sido golpeada y arrojada al alcantarillado.

—La han quemado viva —dijo Ottilie entre sollozos. Asien siguió hablando en el teléfono.

—Sí, sí, oficial. Bien, gracias y disculpen, sí, ya sé que está diluviando. Gracias y buenas noches. —Colgó y se volvió hacia Rosemarie cuyas pupilas estaban clavadas en el fuego como si éste ejerciera una gran fascinación sobre ella—, ¿Satisfecha? —le preguntó.

CAPITULO II

La noche fue larga, desesperadamente larga para Rosemarie.

Para Ottilie resultó muy corta, ya que se tomó tres pastillas de un tubito que llevaba en el bolso. Escapó a la tensión nerviosa y se sumergió en un sueño artificial.

Pese al frío que reinaba en la ciudad de Schattiger y al agua que había estado cayendo durante toda la noche, Rosemarie pasó mucho calor.

Tenía que admitir que la alcoba estaba muy caldeada y que las mantas que había en la cama abrigaban mucho. La casa era grande, confortable, y Rosemarie se encontraba en una habitación individual, lo mismo que Ottilie.

Por ello. Rosemarie no había oído la respiración fuerte y profunda de su compañera, una respiración que no llegaba a ronquidos pero que no le faltaba mucho.

Por dos veces Rosemarie despertó angustiada, empapada en sudor, mientras la fuerte lluvia, empujada por el viento, golpeaba los cristales de la ventana como si fuera un ser fantasmagórico pidiéndole que abriera.

Por la mañana, cuando clareaba el día, fue al cuarto de aseo, del cual podía decirse que estaba muy bien instalado. Se introdujo en la ducha y se mantuvo bajo ella durante un buen rato.

Cuando regresó a su alcoba, se sentía mejor. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Se hallaba en una altura de un segundo piso descontando la planta baja. Vio circular un par de vehículos bajo la lluvia, una lluvia ahora monótona y cansina, como si hubiera desgastado todas sus fuerzas durante la noche.

Una frase había estado golpeando su cabeza durante toda la noche, como si fuera un badajo introducido en su cráneo donde se habían llegado a producir mil resonancias torturantes.

«Toma, Rosemarie, tú me sucederás. Tú me sucederás...»

¿Qué quería significar aquella frase? ¿Era como una predicción o acaso una maldición?

¿Cómo había sabido aquella mujer su nombre, si no se habían visto jamás? Estaba confundida. Aún no estaba segura de si lo ocurrido la

noche anterior había sido fruto de una pesadilla.

Recordó que aquella mujer le había dado algo pesado, envuelto en un amplio pañuelo rojo oscuro. Ni siquiera había visto qué era aquello, la cosa había quedado dentro del coche, en la calle. Decidió ir a buscar lo que fuera después del desayuno.

Cuando descendió al saloncito, su amiga Asien estaba allí, esperándola. Su madre, la señora Ute, estaba a su lado. Era una mujer alta, de cabellos rubios y cara ancha. Trataba de ser amable, pero a Rosemarie le dio la impresión de que estaba intranquila.

—Hola, Rosemarie, no pude presentarte a mi madre anoche, estaba durmiendo. Se saludaron afectuosamente.

— ¿Has dormido bien? —preguntó la propietaria de la casa.

—Sí, muy bien —mintió.

—Este es un bonito lugar, pero mejor para finales de primavera, cuando las violetas están abiertas.

—Mi padre ha tenido que irse de viaje muy temprano, lamentando no haber podido saludaros.

—Si se quedan dos semanas en Shattiger —dijo la señora Ute— habrá tiempo para que regrese y las conozca. Asien nos ha hablado mucho de vosotras, sois sus mejores amigas, casi como hermanas.

—Más que hermanas, mamá, más que hermanas —puntualizó Asien.

— ¿Y Ottilie? —preguntó Rosemarie.

—Aún no se ha levantado —respondió Asien—. Debió de llegar muy cansada.

—Ya desayunará más tarde —excusó la propia frau Ute—, Mi hija me ha contado que tuvisteis un viaje muy dificultoso a causa de la tormenta.

—Así es —admitió Rosemarie—. Por suerte no tuvimos ningún accidente, aunque hubo momentos en que llegué a temerlo a causa de la cantidad de agua que invadía la carretera.

Desayunaron sin hablar demasiado. La madre de Asien se lamentó del mal tiempo, pero les auguró unos buenos días de descanso y de nuevas amistades, pues Asien conocía una buena cantidad de hombres jóvenes de la ciudad.

Rosemarie no hizo alusión a lo ocurrido la noche anterior hasta que la

señora Ute se alejó hacia la cocina.

— ¿Qué has sabido de lo de ayer noche?

Asien puso en su rostro un gesto de contrariedad.

—La policía ha pasado por la casa y ha dicho, que no han visto nada. No han encontrado rastros de nada y han comentado que si se trataba de una broma, mejor que no se repita porque tuvieron que buscar bajo una lluvia torrencial.

—No era ninguna broma —replicó Rosemarie.

—Por favor, no insistas. Creo que es mejor que pasemos unos días agradables. Comprendió que no debía insistir. Asien, que no parecía creer en absoluto lo que le habían contado, se sentía molesta y ella no deseaba que se molestara.

Ottilie apareció en el saloncito cuando ya terminaban de desayunar. Sonreía, parecía distinta, como si no recordara nada de la noche anterior.

Rosemarie creyó conveniente no mencionar lo presenciado de madrugada, habría momentos más adecuados para recordarlo.

Asien prometió que por la tarde les presentaría a los jóvenes más interesantes que podían encontrarse en la ciudad, ciudad que, según ella, estaba circundada por hermosos parques y había muchos lugares que visitar pese a ser invierno.

El remanso y el pantano podían ser muy bellos si las nieblas no lo enturbiaban todo. Asien las llenó de proyectos, quería abrumar a sus invitadas que habían viajado a Shattiger para pasar dos semanas agradables.

—Yo no había estado nunca aquí, pero mi madre sí —confesó Rosemarie.

— ¿Tu madre sí? — se sorprendió Asien.

—Sí, vivió un tiempo aquí.

— ¿Dónde? —inquirió Asien.

—Pues no lo sé. Estuvo un tiempo viviendo aquí, pero no sé nada más.

Parecía como si nada hubiera sucedido, ninguna de las tres mencionaba lo ocurrido la madrugada anterior. Incluso la lluvia cesó y, aunque no salió el sol, el día se tornó aceptable.

Rosemarie dijo:

—Voy un momento a ver cómo está el coche.

Se acercó sola al vehículo estacionado frente a la casa de Asien. La carrocería aún estaba mojada, pero era muy posible que durante el día ya no volviera a llover.

Bajo el asiento del conductor, frente al volante, estaba la prueba sólida, tangible y con volumen propio de que no había sufrido una alucinación, que el linchamiento de la vieja no era una pesadilla producto de la fatiga, el miedo o la tormenta y el histerismo propio de dos mujeres asustadas.

Se introdujo en el automóvil acomodándose en el asiento del copiloto. De esta forma, para moverse, no le molestaba la presencia del volante.

Rosemarie tomó entre sus manos aquel paquete envuelto en el pañuelo rojo oscuro, tan oscuro que sólo podía decirse que era color de suciedad. Comprobó que pesaba más de lo que podía suponerse, a juzgar por el volumen del paquete. Deshizo los nudos y dejó al descubierto su contenido.

Quedó muy sorprendida.

Ante sus ojos, sostenida por sus manos, quedó una bola de cristal que, juzgando a simple vista, tendría un palmo de diámetro.

La bola era de un rojo escarlata bellísimo, de gran nitidez y transparencia. Su redondez, la perfección de su esfera, podían hacer pensar que no era una bola fabricada en cualquier horno de vidrio; aquella bola parecía modelada en el espacio, donde la fuerza de la gravedad no existía, o en el fondo de la Tierra, donde se ocultaban las desconocidas fuerzas del calor y la oscuridad, allá donde compiten Satanás y Vulcano. ¿Qué significaba aquella bola roja?

Tenía que admitir que, contra lo grosero y sucio que era el amplio y grueso pañuelo, la esfera de cristal era bellísima, como una joya de gran tamaño, pues Rosemarie dedujo que su peso estaría en varios kilos, ya que la bola era maciza.

Oyó voces y se apresuró a envolverla de nuevo, pues no deseaba que nadie la descubriera. Ottilie había visto que ella recibía algo envuelto, pero no sabía el qué. Incluso ella misma acababa de averiguar que se trataba de una bola de cristal transparente de color rojo, una bola que siendo simplemente esférica, por sí misma era tan bella como artística.

Aquella esfera de cristal rojo no podía haber salido de una fábrica;

debía de haber sido modelada y no tallada por manos que la habían mimado, por un artista del vidrio.

Salió del coche. Abrió el portón de carga y metió la bola dentro de una bolsa donde transportaba objetos diversos. Allí había también otras dos bolsas más y dos maletas pequeñas. Las grandes habían sido entradas en la casa la noche anterior, puesto que las habían llevado colocadas en los asientos posteriores durante el viaje.

Ottilie apareció junto al coche, casi sorprendiéndola.

—Menos mal que ya no llueve —dijo—. Las tormentas me ponen frenética. Cuando era pequeña ya no podía soportar los rayos y los truenos. Me da la impresión de que estoy en el apocalipsis.

—Las tormentas sólo son eso, tormentas, aunque parezca una perogrullada, Los rayos y los truenos no tienen otro sentido que las leyes físicas de la naturaleza, y me temo que tú quieres ver mucho más en las tormentas.

— ¿Y quién es el que no ve más que eso, rayos y truenos, cuando está cegado por esos rayos o ensordecido por los truenos? Rosemarie, somos humanos y todos tenemos miedo.

—No me hago la valiente, Ottilie, yo también tengo miedo, pero pienso que no deberíamos tenerlo. La verdad es que no tememos a los rayos, sino a seres míticos o demoníacos que lanzan esos rayos contra nosotros. Claro está que cuando la tormenta pasa y llega la calma, nos reímos de las tormentas.

Llevaron las maletas a la casa y salieron a pasear por la ciudad de la mano de Asien. Al parecer, Ottilie no tenía otro deseo que ver cuanto antes los monumentos artísticos de Shattiger, con la condición de que tales monumentos llevaran pantalones, fueran jóvenes altos y atléticos y sus miradas fueran muy intensas. No tenía preferencia por los ojos azules ni por los negros.

Shattiger era una de esas pequeñas ciudades que, por más vueltas que se dan, siempre acaba uno en el mismo lugar. Ese lugar, en algunas ciudades, podía ser la plaza Mayor donde estaba el Ayuntamiento, pero en el caso de Shattiger, era el gran bulevar.

Asien tenía preferencia por rehuir el bulevar y tomaban callejas donde los comercios eran más pobres, con escaparates más pequeños, menos interesantes que los que había en el gran bulevar, verdadero corazón de la pequeña urbe.

En el bulevar crecían los grandes tilos como gigantescas sombrillas.

Cruzaba la población de este a oeste y terminaba en un mirador frente al río. Aquél no era precisamente el lugar más hermoso del rio, pero a muchos se lo parecía poique allí estaba el mirador con su balaustrada de piedra.

El bulevar doblaba en aquel lugar hacia el sur, perdiendo su encanto, pues ya no había tilos plantados. Las aceras se estrechaban e incluso la calzada quedaba reducida a la mitad.

A un lado quedaban las casas que miraban al río y al otro, la balaustrada que se perdía a lo lejos hasta las alamedas muy húmedas que estaban más abajo, junto a las aguas del río, lugar donde los vecinos de la ciudad iban a tomar el fresco en verano y a probar las colonias anti mosquitos.

—Parece una dudad muy triste, ¿no? —comentó Rosemarie.

—Es invierno, y tenemos suerte de que no ha comenzado a nevar. Nevó un poquito la semana pasada, pero se deshizo en seguida. Ayer se temía una gran nevada, pero tuvimos una fuerte tormenta de agua.

—Si en vez de agua llega a ser nieve, nos sepulta a todos —opinó Ottilie.

En aquella ocasión en que habían vuelto a aparecer en el bulevar, Rosemarie no se dejó llevar por Asien y se encaminó resuelta hacia donde viera apalear y quemar viva a la anciana.

No se detuvo hasta que llegó junto a la tapa enrejada, rejas por las que no cabía un pie ni siquiera de criatura para que nadie pudiera rompérselo allí.

— ¿Crees que fue aquí? —preguntó Asien. Rosemarie se volvió despacio.

—Sí, podría jurarlo — dijo.

— ¿Y tú? —preguntó Asien mirando a Ottilie.

—Tenía mucho miedo. Estaba muy asustada por la tormenta; además, los cristales del coche estaban llenos de agua, no se veía bien.

Rosemarie hubiera deseado replicar a Ottilie, decirle que mentía, pero prefirió callar.

¿Por qué mentía Ottilie, si había visto lo mismo que ella, si ante sus ojos se había linchado a la anciana? ¿Quizá para no contrariar a Asien, para que no se estropeasen aquellas pequeñas vacaciones invernales que pensaban pasar en la pequeña ciudad?

Rosemarie volvió a pensar en la vieja desconocida que le había dicho que ella sería su sucesora.

No había nada en aquel lugar que pudiera delatar lo ocurrido la noche anterior. La torrencial lluvia había barrido cualquier prueba que allí pudiera quedar, todo rastro visible. No obstante, Rosemarie se arrodilló sobre las rejas y trató de filtrar su mirada a través de ella, de escrutar el fondo de la alcantarilla, pero apenas vio nada.

—Vamos, Rosemarie, estás llamando la atención.

— ¿La policía miró aquí dentro?

—Seguro —respondió Asien—, y no había nada. Por favor, olvida tu alucinación. ¿Cómo crees que iba a aceptar esta ciudad que alguien que viene de fuera, una forastera, diga que aquí hay grupos de encapuchados que apalean a ancianas por la noche hasta matarlas?

—Sí, admito que no lo aceptarían bien y que además mucha gente se sentiría molesta, porque el que unos pocos hayan hecho una canallada no quiere decir que el resto de los hombres del mismo lugar sean canallas también.

—No hay nada, nada, nada. Olvidémoslo ya. La cogió del brazo y se la llevó de allí.

Rosemarie tuvo la impresión de que estaba siendo observada desde alguna parte. Instintivamente, miró hacia las ventanas de las casas que daban al bulevar. Había visillos; quizá tras ellos hubiera alguien que la estaba observando con fijeza, porque ella lo sentía así. Notaba la presión de miradas desconocidas.

Por la tarde, Asien las llevó a un club donde lo mismo Rosemarie que Ottilie observaron que había escasa animación. Les presentaron a varios jóvenes, pero Rosemarie apenas les prestó atención.

Ninguno de ellos tuvo la suficiente fuerza como para que la muchacha fijara sus ojos más de tres o cuatro minutos en él. Ottilie, en cambio, trató de hacerse simpática.

El primer día en Shattiger, pese a las promesas de Asien, resultó abúlico y triste, algo melancólico. Asien trató de arreglarlo pasando una película animada por el vídeo. Después, ya más satisfecha por el éxito de la película que resultó bastante interesante, anunció:

—Mañana os presentaré a los Diablos.

— ¿Diablos? —repitió Ottilie sin comprender.

—Sí, son los hombres más animados de Shattiger y sus alrededores. Algunos dicen que llevan a cabo bromas algo pesadas, pero ya les advertiré que sois mis protegidas.

— ¿Los Diablos es el apodo que se han puesto ellos mismos o les llaman así los vecinos de la ciudad?

—Fue la policía quien les dio ese apodo —explicó Asien.

Rosemarie observó que la madre de Asien disimulaba una mueca de preocupación. Durante la cena, puso dos finas ramitas de ciprés cruzadas bajo su plato. Luego, murmuró entre dientes algo que ninguna de las tres muchacha pudo oír. Nadie hizo comentarios. Después se retiró a su habitación y cerró la puerta.

A Rosemarie le pareció que aquella mujer tenía miedo y que lo que había estado haciendo era conjuros de protección, la joven no sabía contra qué. Pensó que era mejor no preguntar.

Pese a que la chimenea estaba encendida, la casa daba impresión de frialdad. Era como si las llamas de los leños no pudieran combatir algo húmedo y frío que flotaba en el ambiente. A Rosemarie le recordó la fría y desagradable humedad de un panteón, pero inmediatamente desechó semejante idea.

Empezaron a comentar sucesos coincidentes en el pasado de las tres, pero la conversación decayó como si estuvieran muy fatigadas cuando en realidad no era así.

—Tengo muchas ganas de conocer a los Diablos —dijo Ottilie antes de encerrarse en su alcoba.

Cuando Rosemarie se encontró a solas en su habitación, se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Pudo ver su coche estacionado junto a la acera.

Hubiera preferido meterlo en un garaje, pero allí había quedado. Unas farolas antiguas se desparramaban por el pavimento de la acera.

Por la calle no pasaba nadie, ni caminando ni en coche. De haber carecido del relieve propio de las tres dimensiones, la ventana misma, con la calle detrás, se habría podido tomar por un óleo, muy bien pintado. Aquella quietud era obsesiva, casi como haber detenido el tiempo.

Rosemarie se sentía extraña, rara. No podía olvidar lo ocurrido la noche anterior como si parecía haberlo olvidado Ottilie; pero si como aseguraba Asien la poli- da había investigado y no había ni rastro del

suceso y tampoco nadie faltaba en la ciudad, debía callar. Sin embargo, ella sabía que aquello había ocurrido, que terminaría por salir a la luz pública y que la justicia acabaría exigiendo explicaciones y responsabilidades.

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para acordarse de la bola roja, aquella bola de cristal tan nítido que la había impresionado por su belleza.

La sacó del paño rojo y la llevó con cuidado, notando su tacto frío y liso, hasta depositarla sobre la cómo da de madera negra y tallada, un mueble antiguo sobre el cual, colgado de la pared, había un gran espejo con marco también de madera negra.

Sobre la superficie del mueble había una lámpara de tres bombillas simulando un candelabro. La encendió y su luz se reflejó en la bola que pareció más carmesí aún, pero sin perder su transparencia.

La bola de cristal rojo tenía fuerza en sí misma. Rosemarie se percató de ello y por unos instantes sintió miedo a lo desconocido.

¿Qué podía tener de especial una bola que era de cristal? Dentro de ella nada podía haber, pues era maciza.

De súbito, se apagaron las luces de la habitación, la de la cómoda y la del techo. Por un instante, Rosemarie lo atribuyó a un corte de energía eléctrica general, o quizá fuera que los fusibles de la casa hubieran saltado.

Al volver sus ojos hacia la bola roja, observó que de ésta emanaba luz. Se acercó más a ella, atraída, expectante.

Estaba segura de que aquella bola de cristal no era un artilugio eléctrico, una especie de lámpara con truco; era una bola maciza, y de lo que tampoco cabía duda era de que de ella emanaba luz como si fuera de material radiactivo o fosforescente.

Acercó más su rostro para observarla mejor cuando descubrió un punto más luminoso aún dentro de la bola, como si fuera el eje de la misma.

Aquel punto se fue agrandando y, de pronto, se partió en dos. Quedaron como dos salamandras luminosas de color amarillento que empezaron a girar siempre equidistantes entre sí. Rosemarie estaba tan absorta contemplando lo que ocurría que no sentía miedo ni temor.

El tiempo seguía detenido para ella, como si hubiera saltado a otra dimensión.

La ciudad se hallaba totalmente silenciosa, no parecía haber nadie en las calles. La electricidad, por lo menos en la casa de Asien, no existía, o quizá fuera sólo en aquella alcoba. Rosemarie estaba sola en el espacio y en el tiempo frente a la bola roja que emitía luz. Cierto que era escasa y sólo iluminaba el rostro de Rosemarie, dándole una tonalidad púrpura oscura que se reflejaba en el espejo que colgaba sobre la cómoda.

Lo que habían parecido dos salamandras amarillas y luminosas, dejaron de girar. Se quedaron quietas y se agrandaron, y sólo entonces Rosemarie dio un paso hacia atrás, asustada. Detrás de la bola de cristal había un par de grandes ojos amarillos con unas pupilas, que en vez de redondas se hacían estrechas en sentido vertical y cambiaban adquiriendo otras formas.

Aquel par de ojos no eran un truco de magia de salón, tampoco eran un alarde de la electrónica. Aquel par de ojos tenían vida propia, flotaban dentro de una masa de cristal sólida. En pura lógica, aquello era una incongruencia, no podían flotar dentro de una masa sólida de cristal, pero allí estaban como si la bola fuera la cabeza o la protección.

Tuvo miedo a aquel par de ojos que surgían de lo desconocido, de un mundo misterioso. No le cupo duda alguna de que la vieja linchada era una bruja.

Quiso retroceder otro paso y no pudo. Era como si a su espalda se hubiera levantado un muro que le impidiera retroceder.

—No, no… ¿Quién eres, quién eres? —balbució casi en tono de súplica, deseando que la liberaran de aquella situación.

Sus manos se alzaron como si otra mente y no la suya les diera orden de moverse.

Rosemarie luchó por impedir que aquella cosa extraña, aquellos ojos desconocidos la dominaran, pero sus manos se extendían hacia la bola pese a la resistencia que ella ofrecía.

Hizo tal esfuerzo para que sus manos no se posaran sobre la bola roja que su rostro comenzó a sudar. Fue inútil, pues sus manos terminaron posándose sobre la bola roja, aquella bola que una vieja desconocida le entregara antes de ser apaleada y quemada en mitad del bulevar.

Al tocar la bola, la impresión no fue la frialdad como antes, todo lo contrario; fue como si tocara una brasa.

Una voz desconocida penetró de pronto en su cerebro, no supo si por

sus oídos, por sus ojos, por su boca o por las fosas nasales, una voz que la invadió, aturdiéndola dolorosamente. Era como si la dureza e impermeabilidad de su cráneo impidieran que la voz volviera a salir.

«Rosemarie, Rosemarie —repetía la voz cavernosa de difícil descripción, una voz que no había oído jamás—. Rosemarie, haz las invocaciones a los príncipes de las tinieblas y castigarás a los encapuchados que asesinaron a la vieja Dina. Tú la sucederás. Convoca a los príncipes de las tinieblas.»

— ¡Nooo...! —gritó Rosemarie.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, apartó sus manos de aquella bola que encerraba los ojos amarillos que la estaban mirando, no desde la bola si no desde más allá, desde un espacio insondable, desde un mundo de tenebrosas simas.

Entre la bola y las manos de Rosemarie brotaron como rayos purpúreos que la quemaron, dañándola dolorosamente. Casi en el mismo instante, dejó de oír la voz que le había exigido intimidatoriamente que llevaba a cabo unas invocaciones que Rosemarie desconocía.

Sintió como un brusco mazazo en su cabeza. Su cerebro no resistió aquel golpe brutal llegado desde dentro, pues era evidente que no se trataba de un golpe físico. Ante la agresión de origen desconocido, Rosemarie se derrumbó, sumiéndose en la salvadora in- consciencia.

Quedó tendida en el suelo, junto a la cómoda. Cualquiera, al verla al primer instante y juzgando por su aspecto, por su postura y la profunda palidez de su rostro, habría pensado que estaba muerta.

La bola roja comenzó a moverse. Giró sobre el mármol de la encimera y se acercó al borde. Luego, cayó, pero no en plomada, sino que cayó sobre el cuerpo de Rosemarie para evitar golpearse contra el suelo que era de madera.

Resbaló por el cuerpo femenino y siguió girando silenciosamente hacia la puerta. Antes de llegar a ella, sin que nadie la tocara, la puerta se abrió como si una mano invisible hubiera hecho girar el pomo.

Cuando la esfera de cristal rojo salió al pasillo de las habitaciones, la puerta de la alcoba de Rosemarie se cerró, dejándola a ella inconsciente en el suelo. Las luces volvieron a encenderse y la muchacha comenzó a despertar, como si estuviera escapando de una horrenda pesadilla que había sido terriblemente dolorosa.

Una jaqueca como jamás había tenido antes le impidió pensar.

Tambaleante, mareada por el dolor, consiguió llegar hasta la cama y se derrumbó en ella gimiendo porque aquella jaqueca que la torturaba llegara pronto a su fin.

CAPITULO III

Por la mañana, Rosemarie fue la última en aparecer en la amplia cocina donde se desayunaba.

Asien estaba muy despejada, todo parecía irle bien. Por su parte, Ottilie ofrecía una imagen de seriedad desacostumbrada en ella.

—Haces mala cara —le observó Asien a Rosemarie.

—Es que tengo algo de jaqueca.

— ¿Has dormido mal?

Deseando que la anfitriona no se molestara, respondió: —La cama y la habitación son cómodas, pero es que yo estoy algo nerviosa.

—Tienes que olvidar. Ya verás cuando te presente a los Diablos.

—Tengo ganas de conocerlos —dijo Ottilie abiertamente.

—Cualquiera diría que vas a la caza del hombre —se burló Asien.

—Si el hombre es interesante, ¿por qué no?

—Todos los del grupo los Diablos son interesantes.

La señora Ute apareció cuando ellas ya habían desayunado, vestía de oscuro.

—Asien, ocúpate de la casa.

—Sí, mamá.

—Voy a visitar al viejo Anarsen.

— ¿Crees que va a morir?

—Me temo que sus días se acaban. Desgraciadamente, los médicos ya lo han desahuciado.

— ¿Y tú vas a ver si con alguna de tus hierbas lo curas?

—No seas impertinente, Asien.

—Si no soy impertinente, mamá —replicó la muchacha—. Sólo que no creo que el viejo Anarsen se cure con hierbas y conjuros.

—Vosotras, la juventud, rechaza la cultura antigua, las viejas

tradiciones acumuladas durante milenios.

—Si sigues así, mamá, vas a tener que seguir las normas religiosas de los druidas.

—Algún día dejarás de reírte de las tradiciones milenarias. Bien, me voy, no sé a qué hora volveré.

Cuando la madre se hubo marchado, Asien suspiró para luego decir:

—Esta es una ciudad con poco sol y poca luz a lo largo del año. Durante el invierno tenemos muchas nieblas a causa del río y ya os daréis cuenta de que es fácil conservar las tradiciones de brujería y espiritismo, pero no hagáis ningún caso de lo que os cuenten.

— ¿Tu madre cree en todo eso? —preguntó Rosemarie abiertamente.

—Sí. Desgraciadamente, ella cree y mucho. Conoce muchas hierbas y, en ocasiones, le consultan para contrarrestar maldiciones o encantamientos.

— ¿Es una bruja? —preguntó Ottilie.

—No, todo lo contrario, ella es la oposición a la brujería, pero teme a las brujas y a los diablos, por eso siempre lleva consigo hierbas que ella misma recoge del campo los días apropiados.

—Pero, ¿se siente débil ante las brujas? —preguntó Rosemarie.

—Sí, las teme, toda la ciudad las teme, aunque no son pocos los que en vez de atacarlas, hacen pactos con ellas.

—Estás hablando como si en Shattiger se viviera en el medioevo —comentó Rosemarie.

—En ocasiones, yo también creo que seguimos viviendo en el medioevo, pese a los coches, a la luz eléctrica, a los pequeños ordenadores, al televisor a color.

—Pero todo eso son tonterías —replicó Ottilie—, Y tu padre, ¿qué opina?

—Mi padre dice que también son tonterías, que no hay brujas, sino viejas locas aficionadas a maldecir a quien no les da unas monedas para subsistir. Pagándoles una buena pensión a esas viejas se habrían terminado las maldiciones.

—Con todo lo que has contado, tendría sentido lo que sucedió la noche que llegamos — observó Rosemarie.

— ¡Bah!, no te dejes influenciar por el ambiente de estas calles. Alguien dijo que el ambiente condiciona de tal modo que se puede llegar a creer que se están viviendo sucesos que sólo existen en nuestras mentes.

—Todavía no me he vuelto loca, Asien.

—Disculpa, no era mi intención…

—Tranquilízate, no me siento ofendida.

Por un instante, Rosemarie pensó que debía contarle lo sucedido con la bola roja y que recordaba con cierta vaguedad. Su jaqueca le impedía pensar bien y ahora, ella misma dudaba de si todo había sido una alucinación o realidad.

¿Quién iba a poder creer que dentro de una bola de cristal rojo había dos ojos, dos ojos que la había estado observando con terrible fijeza? No tenía ningún interés en que la llevaran a una institución psiquiátrica, por lo que optó por callar; sin embargo, le preocupaba la desaparición de la bola roja. La había estado buscando por toda la alcoba sin encontrarla.

Siguieron hablando y la conversación decayó. Para ellas, lo más importante no era visitar los pocos monumentos que tenía la pequeña ciudad provinciana; la principal diversión habría de basarse en el encuentro con los Diablos.

* * *

La señora Ute llegó a la pequeña casa de Anarsen, el viejo danés que fuera marino durante treinta y cinco años de su vida y terminado por desertar del mar para adentrarse en el continente, escapando incluso de su propia patria para hallar refugio en otro país, lejos de los suyos.

No hacía falta ser psicólogo para darse cuenta de por qué el viejo danés había buscado otras tierras, otra patria para retirarse y pasar lo que le quedaba de vida. Un mal accidente en el barco donde trabajaba le había dejado sin manos y ahora utilizaba unas pinzas articuladas de acero que él manejaba con tanta habilidad que no necesitaba pedir ayuda a nadie, ni siquiera para despegar un billete bancario de otro del interior de su cartera. Era como si aquellas prótesis, funcionales y totalmente necesarias, sólo pudiera mostrarlas a gentes que no le conocieran de antes. Detestaba y rechazaba la compasión que pudieran dedicarle sus viejos amigos.

La para él lejana ciudad de Shattiger, teniendo en cuenta que era danés, le había visto aparecer un día y se había extrañado de sus manos.

El viejo Anarsen había comprado una pequeña casa junto al rio, muy cerca del pantano, pues él no deseaba vivir lejos del agua. Allí tenía una pequeña barca equipada con motor, con la cual se adentraba en el lago y pescaba.

Se decía que nadie pescaba tanto como él ni peces tan grandes. Al viejo no le hada falta la venta de aquel pescado para vivir, ya que cobraba una pensión que cada mes le llegaba puntualmente al banco de Shattiger, pero a él le gustaba pescar en solitario y demostrar a todos que, a pesar de sus prótesis, podía seguir siendo útil y obtener algún dinero extra, con el cual permitiese algunos caprichos.

El viejo Anarsen conocía mejor que nadie las nieblas del pantano, pues era el primero en mascarlas. Shattiger era una pequeña ciudad acostumbrada a la niebla; sin embargo, el viejo Anarsen sabía mucho más que ellos de nieblas, por haber navegado por los mares del norte durante toda su vida.

Muy pocos se atrevían a recorrer, de noche o en días de niebla, el camino del pantano junto al cual vivía el viejo danés. Lo cierto era que un coche no podía pasar por aquel camino de tierra con profundas rodadas, dejadas por siglos de pasar carros tirados por mulas. Ahora, sólo jeeps y tractores que no fueran grandes podían pasar por aquel lugar.

El viejo Anarsen poseía un tractorcito tan pequeño que casi parecía de juguete y con él, por buen camino, no podía alcanzar más de los veinte kilómetros hora. Tras él solía llevar un remolque en el que cargaba lo que había pescado o lo que compraba en la dudad para su retorno.

Con sus prótesis de pinzas de acero, podía manejar aquel tractorcito que, en ocasiones, se oía petardear ruidosamente en medio de la niebla. Y cuando aquel ruido llegaba a los oídos de los ciudadanos, éstos sabían que se trataba del viejo Anarsen que llegaba desde el pantano.

Para ser invierno, hacía un relativo buen día. A ratos aparecían tenues rayos de sol que daban más contrastes a los árboles, al perfil del río e incluso hacían brillar más las oscuras aguas del pantano.

Mas la señora Ute sabía que en aquel lugar la niebla podía levantarse en cualquier momento, envolviéndolo todo. El pantano había protegido a la ciudad de riadas, le daba luz eléctrica y repartía el agua

más adecuadamente para los regadíos, pero sus nieblas hacían más fantasmagórico el invierno, un invierno que resultaba extremadamente largo en aquel lugar.

La puerta de la casa de Anarsen jamás estaba cerrada con llave. El viejo nunca se había quejado de haber sido acosado, atacado o profanada la casa en su ausencia. Lo cierto era que sus prótesis, aquellas manos de pinzas de acero, inspiraban un extraño respeto.

El mismo había asegurado que si en alguna ocasión fuera atacado, con aquellas pinzas punzantes se defendería mucho mejor que con las manos que había perdido en un accidente en la mar.

—Herr Anarsen, herr Anarsen...

La mujer se internó en la casa, visiblemente descuidada. Allí no había perros y sí tres gatos comunes que miraron a la intrusa con curiosidad, uno desde la butaca donde se hallaba enroscado, otro desde lo alto de un bufete y el tercero desde el interior de un cesto de mimbre que debía haberse utilizado para guardar pescado.

La señora Ute anduvo hacia el dormitorio. Allí, en la cama, yacía el viejo que no temía a la soledad, a la niebla, a enfrentarse a la vida sin manos.

Su rostro tenía un color azulado y su piel apergaminada estaba tan pegada a los huesos que hubiera podido decirse que ya era un cadáver.

—Herr Anarsen —interpeló con cierto temor la madre de Asien.

El viejo marino abrió los ojos y movió sus pupilas hasta centrarlas en la cara de la mujer. Ni siquiera movió la cabeza, era como si ya careciera de fuerzas.

—Me muero —dijo con voz muy ronca, entrecortada.

—No se va a morir, herr Anarsen, no se va a morir.

—Me queda muy poco de vida —respondió él con la mirada apagada y sin mover su rostro. Incluso, para hablar, apenas movía la boca, una boca en parte desdentada que permanecía entreabierta y por la que fluían las palabras con lentitud, mezcladas con excesivo aire de la respiración.

—No se va a morir, herr Anarsen, no se va a morir. He traído la piedra de Driff.

— ¿Es la panacea?

—Sí, lo es, y la traigo conmigo. Me ha costado mucho formarla, ya sabe que contiene el musgo formado en cabezas de muerto, sal marina y vitriolo cobrizo mezclado con cola de pescado.

—Es usted una bruja blanca, frau Ute, pero yo ya no puedo curarme, no puedo porque ya es como si estuviera muerto y Satanás me espera con sus alas negras desplegadas para llevárseme a los abismos infernales.

—No diga eso, no lo diga — suplicó la mujer temblándole la voz.

Abrió el bolso que llevaba consigo y sacó un frasco de cristal de boca ancha y color topacio. Dentro de él había una especie de pelota, recordaba a la pelota estercolera formada por un escarabajo pero muchísimo mayor, pues tendría el tamaño de una pelota de tenis.

—Es inútil su buena voluntad, frau Ute —musitó.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió levantar uno de sus brazos y puso las pinzas de acero sobre la mano de la mujer, la cual tuvo un movimiento instintivo de miedo, pero logró controlarse.

—Chupará de la bola Driff un poco cada hora hasta que se cure. Ha de vivir más tiempo, herr Anarsen, más tiempo.

Pese al ostensible rechazo del viejo, destapó el frasco y sacó la pelota formada con tantos productos distintos, cada uno de los cuales había sido obtenido en las circunstancias adecuadas.

No era nada fácil conseguir una auténtica bola de Driff, la bola que si era chupada por un enfermo le proporcionaba la curación completa de sus males.

La mujer la alargó hacia la boca del moribundo, pero éste la cogió entre sus patéticas pinzas y la arrojó lejos de su cama.

—Voy a morir y Satanás me espera, ya se lo he dicho.

—Usted es un hombre bueno, herr Anarsen, un hombre bueno.

—No, no es cierto, yo soy un perverso asesino.

—No diga tonterías. Usted es un hombre bueno y le ayudaremos a vivir muchos más años, aunque no quiera —insistió, levantándose para recoger la bola de Driff, aquella mágica mezcla de productos de la madre Tierra que llevaba aparejado un encantamiento curativo que durante siglos y siglos había dado su fruto.

—Yo maté a mi hermano, Ute, yo maté a mi hermano, por eso Dios me

castigó cortándome las manos y yo, en mi soberbia, desafié a Dios con estos garfios… —Levantó las pinzas articuladas que tenían mucho de afilados garfios—. Sí, le desafié con esto, pero sabía que al final Satanás vendría a por mí y no le temo.

—No es posible, no es posible, usted desvaría —replicó frau Ute desde el suelo donde recogía la bola de Driff.

—Sí, lo maté porque yo amaba a su mujer y ella me correspondía. Era una maldita zorra y yo odiaba a mi hermano por acostarse con ella una noche y otra y otra, mientras yo estaba en la mar, luchando, siempre jugándome la vida y él, tan tranquilo, negociando con lo que se pescaba. He sido otro Caín, maté a mi hermano por odio, por celos, por envidia. Sí, confieso que lo maté y jamás nadie lo supo, pero ella, en vez de venirse conmigo, se marchó con otro hombre, no sé hacia dónde. Que el diablo la confunda, es posible que me la encuentre ahora en los abismos infernales.

—Herr Anarsen, herr Anarsen, si usted se arrepiente sinceramente puede ser perdonado de su gran pecado. ¿Quiere que busque a un sacerdote?

—No, mi pecado no tiene perdón. Yo desafié a Dios y ahora voy a ser esclavo de Satanás. ¡Satanás, te estoy esperando, no te tengo miedo! —gritó el anciano con todas las fuerzas que aún le quedaban.

De pronto se escucharon unos fuertes y escalofriantes maullidos. Los tres gatos que estaban en la destartalada casa semejaron enloquecer. Sus pelos se pusieron tiesos como alambres mientras ellos saltaban en todas direcciones. Uno lo hizo contra la ventana y los cristales estallaron.

La pequeña casa comenzó a ser agitada por un fragor que nacía de la tierra misma. Era como si se hallaran en el centro de un terremoto.

Las puertas y ventanas batieron con inusitada violencia. Los cristales estallaron haciéndose añicos, los objetos colgados en las paredes cayeron al suelo rompiéndose y los anaqueles fueron barridos por una fuerza invisible.

— ¡Satanás, no te tengo miedo! —se reía el moribundo alzando sus pinzas como si fuera un escorpión y no un ser humano.

Todo el respeto que la mujer le tuviera hasta aquel momento había desaparecido ante la confesión de su cinismo.

Aterrada, supo que el diablo estaba en la casa, que iba a cobrar su presa, y reaccionó instintivamente sacando de su bolso un amuleto.

Era una pequeña cruz de Ankh hecha con el metal de un meteorito. Se lanzó contra el viejo y le metió la cruz en la boca, cerrándole después la mandíbula.

Herr Anarsen alzó sus manos ortopédicas, aquellas pinzas articuladas, y las llevó hacia el cuello de la mujer. Hubiera podido degollarla con facilidad de no sorprenderle la muerte en aquel preciso instante.

Los ojos del anciano quedaron abiertos y la boca, cerrada. Los brazos, con las temibles prótesis en sus extremos, cayeron a lo largo del cuerpo.

Un rugido bestial inundó la pequeña casa junto al pantano.

Las ventanas golpearon con más fuerza aún y hasta las paredes parecía que fueran a ceder de un momento a otro.

La madre de Asien cobró conciencia de que había enfurecido a las fuerzas del mal y se aterrorizó. Salió de la casa como pudo, golpeada incluso por la puerta que la hizo caer de bruces. Mas, olvidándose de sus pequeños dolores y erosiones, se levantó y siguió corriendo, alejándose de la casa donde las furias del averno estaban desatadas al no poderse llevar consigo el alma del viejo Anarsen.

La señora Ute sabía que había evitado que el alma de herr Anarsen se precipitara a los abismos infernales, pero la había condenado a quedar dentro del cuerpo ya muerto, a merced de cualquier monstruosa invocación.

CAPITULO IV

Los Diablos solían coincidir en el viejo casino transformado con el nombre extranjero de Club Liberty.

En aquel club, no demasiados años atrás, no habría podido entrar una muchacha salvo en las fiestas populares y acompañada de su familia, pero la libertad del mundo occidental también había llegado a la localidad y las chicas tenían los mismos derechos que los varones.

Por ello, no era extraño ver a unas muchachas o a mujeres ya casadas jugando a bridge, ping-pong u otros juegos de salón; también había dos billares.

Si bien al principio el grupo de los Diablos había sido muy concreto, luego había dejado de serlo. En realidad, ya no se sabía cuántos lo formaban, pues todos los que deseaban reírse participando en una gamberrada formaban parte del grupo. Se corría la voz, funcionaban los telefonazos fijando el punto de reunión y el grupo de jóvenes y no tan jóvenes se congregaba en número variable.

En torno a tres mesitas bajas y acomodándose en sofás, cuatro de los Diablos fueron presentados por Asien a sus amigas forasteras.

—Laurent, Elie, Gervais y Philip —dijo Asien.

A Rosemarie le pareció que Philip era un poco simple. Elie era excesivamente suficiente y arrogante pese a su corta estatura, debía leer con frecuencia la biografía de Napoleón.

—Buenos chicos, ¿eh? —preguntó Asien.

Laurent y Gervais le parecieron los más de temer. Tenían malicia en la mirada, especialmente Gervais.

Rosemarie tuvo la impresión de que este último la desnudaba con la mirada y se regodeaba con la imagen femenina elaborada por su mente, y aún era más que eso, era como si Gervais se hubiera dado cuenta de que ella sabía que la estaba desnudando con los ojos y él se complaciera aún más en ello.

— ¿Vosotras fuisteis las que dijisteis a la policía que habían apaleado a una vieja en el bulevar? —preguntó Laurent.

—Sí —aceptó Rosemarie— pero, por lo visto, la policía no encontró nada.

— ¿Y eso fue verdad? —insistió Gervais.

—Estoy segura de que sí; claro que si no hay cadáver, no hay asesinato. Ampulosamente, haciendo teatro al hablar, Gervais comenzó a decir:

—Sería divertido buscar por todas las alcantarillas de la ciudad los restos calcinados de una vieja bruja; claro que a lo peor nos caía una maldición encima.

—No se encontraría nada —objetó Laurent—. Con lo que ha llovido, si había restos, estarán ya río abajo, porque las alcantarillas acaban en el río.

Rosemarie iba a preguntar si no había una depuradora, cuando se percató de que Gervais había dicho algunas palabras de más.

— ¿Y cómo sabes que estaba calcinada? —le preguntó abiertamente, como si fueran amigos de siempre.

—Porque lo has dicho tú.

—No, yo sólo he dicho que la habían apaleado, nada más.

—Yo le expliqué a la policía —intervino Asien— que tú habías dicho que después de apalearla le habían prendido fuego. Supongo, Gervais, que a ti te lo habrá contado uno de tus amigos de la policía.

—Me lo habrá contado su padre —señaló a Philip—. Es cabo de la policía.

—Mi padre dijo que había sido una alerta absurda y que se mojaron mucho en la comprobación.

A Rosemarie le importaban muy poco las explicaciones de Philip, tan poco como sus veinte o treinta kilos de más.

— ¿Y tú qué dices? —preguntó Gervais a Ottilie.

—Pues que yo no recuerdo nada. Estaba muy asustada, tronaba y llovía mucho.

— ¿Y cómo pudieron prenderle fuego, si llovía tanto? —se mofó Laurent.

—La rociaron con un líquido inflamable —explicó Rosemarie, dispuesta a no ceder pese a las burlas.

Gervais suspiró.

—Después de todo, es la muerte adecuada para las brujas. ¿No os

parece?

—Vivimos en las postrimerías del siglo XX —puntualizó Rosemarie—, Creí que el tema de las brujas ya había quedado enterrado en la historia.

— ¿Y por qué no cambiamos de tema? —terció Asien.

—Tengo la impresión de que alguien más ha muerto en este lugar —declaró Rosemarie.

— ¿Y cómo lo sabes tú, acaso eres bruja? —inquirió Laurent.

—No, no soy bruja y tampoco creo en ellas. Las mujeres que fueron quemadas vivas no eran más que desgraciadas que practicaban el culto a las hierbas y a los elementos.

—Era magia, magia negra —puntualizó Elie, como si estuviera muy enterado de todo. Asien pidió combinados; quería cortar aquel tema, pero no había forma.

Philip, después de beber de la jarra de cerveza que había pedido, pues era el único que tomaba esa bebida en aquellos momentos y con el labio superior lleno de espuma, señaló a Asien y dijo:

—Dicen que la madre de ella es la antibruja, la curandera.

—Deja a mi madre en paz —exigió Asien, molesta.

—Pues mi padre dice que la ha visto recogiendo hierbas y que un día estaba cazando murciélagos.

— ¡Eso es mentira y si vuelves a decirlo te vas a tragar hasta la jarra, además de la cerveza!

Philip se rió estúpidamente como el niño que acaba de hacer una broma cruel que le regocija mucho y además espera que los demás coreen sus risas.

En aquel momento entró en el club otro joven y se dirigió hacia el grupo

A Rosemarie le pareció muy alto, delgado de caderas. Tenía mucha personalidad y sus ojos eran grandes, inteligentes. No eran ojos de estúpido como los de Philip, ni maliciosos como los de Gervais.

El rostro del recién llegado estaba como enmarcado por una recortada barba, que le daba un cierto aire intelectual.

El joven fue acogido con muestras de alegría, parecía caer bien a

todos. Asien se levantó de su butaca, le cogió el rostro y le besó en ambas mejillas con mucha confianza.

Rosemarie hubiera deseado hacer lo mismo aún sin conocerle, ya que se sintió atraída hacia aquel hombre.

—Os presento a Alexis, el más guapo de la pandilla de los Diablos. Estas son mis amigas Rosemarie y Ottilie.

—Bueno, bueno —objetó Elie—, eso de que es el más guapo está por decidir. Lo que tiene Alexis es estatura, pero para compensar también tiene los pies muy grandes.

—Lo que tú tienes es envidia —le dijo Asien.

—No será tanto —replicó Laurent.

—Alexis ya tiene la carrera terminada, es sociólogo. No sé para qué servirá eso de ser sociólogo, pero suena a importante, ¿verdad?

—Ya encontraré en qué emplear mis conocimientos —respondió Alexis, bromeando. Rosemarie le preguntó:

— ¿Haces la tesina?

—Pues sí, estoy haciendo la tesina, quiero doctorarme. La verdad es que terminaré empleándome como funcionario del gobierno o profesor en la universidad. Hay muchas cosas que investigar en la sociología.

Alexis, quizá porque le había caído bien, se sentó junto a Rosemarie, detalle que no gustó demasiado a Asien, que regresó a su asiento en el pequeño sofá que compartía con Ottilie.

—Hacía tiempo que no te veíamos la cara —le dijo Gervais.

—Acabo de llegar. He dejado el coche en casa y me he venido hacia acá, tenía ganas de veros. Por cierto, ¿quién se ha muerto?

— ¿Muerto? —Todos se miraron entre sí, preocupados.

—Sí, he oído el toque a muertos, me ha parecido oír la campana.

—No sabía nada —reconoció Asien.

—Será el viejo danés, me contaron que estaba muy enfermo.

—Puede ser. Mi madre ha ido a visitarlo —explicó Asien.

—Si era muy viejo... —comentó Ottilie, como encogiéndose de hombres ante lo inevitable.

—Pobre hombre, habrá dejado de vivir solo —dijo Alexis.

Como deseando atraer la atención del recién llegado, Rosemarie preguntó interesada:

— ¿Sobre qué haces tu tesina?

—Hago una tesina sobre los efectos de la literatura fantástica y de terror en las distintas sociedades.

—Un tema apasionante —opinó Asien, que también quería atraer sobre sí la atención de Alexis.

—Será difícil llenar las hojas —auguró Rosemarie.

—Lo más difícil es recopilar datos.

—No creo que sea tan difícil encontrar biografías de Edgar A. Poe, Bram Stoker o Lovecraft —opinó Elie, despectivo.

—Eso no es lo más difícil, cierto; pero cuando tratas de averiguar en qué fuentes han bebido los maestros de la literatura fantástica, resulta francamente complicado. Hay que saber del libro de las Clavículas de Salomón, de los grimorios y especialmente del Necronomicón.

— ¿Necronomicón? He oído hablar de ese libro —dijo Rosemarie.

— ¿Dónde? —preguntó Alexis, interesado.

—Creo que en un libro de relatos de terror.

— ¿De Lovecraft?

—Pues sí —asintió ella.

—Bueno, Lovecraft lo cita en muchas de sus narraciones. El Necronomicón, que se atribuye a un demonólogo árabe, es buscado por muchos estudiosos y eruditos en todo el mundo. Unos creen que existió y fue destruido; otros opinan que existe aún y que está oculto quién sabe dónde, y muchos aseguran que todo es una fantasía de Lovecraft. Lo he buscado hasta en la biblioteca del Congreso de Estados Unidos y estoy en relaciones con las principales bibliotecas de la URSS en busca de datos, pero sé que al final no encontraré el libro del Necronomicón.

—Interesante —opinó Elie—, La búsqueda del libro que jamás existió.

—Puede ser —aceptó Alexis—, Hay mucha gente interesada en la magia, en el ocultismo, en el hermetismo. Me bastará, y será muy interesante, describir cómo es aceptada esta literatura en las diferentes

sociedades.

—No me extraña que te dediques a eso —rezongó Philip—. Has nacido en una ciudad de brujas.

Asien miró preocupada a Rosemarie y ésta, a su vez, la miró. Algo había quedado en el aire, algo que flotaba como una amenaza.

—Tendríamos que preparar una diablura sonada —propuso Laurent.

— ¿Y en qué consisten vuestras diabluras? —preguntó Rosemarie, cargada de ingenuidad.

Alexis fue quien dio la respuesta.

—Las diabluras siempre acaban embromando a alguien, hay que reírse de escarnecer a una víctima. En ocasiones es una persona, un hombre, una mujer, un anciano; pero otras veces es una institución o incluso una sociedad anónima; lo que importa es reírse de algo mientras se permanece en el anonimato sin miedo de que a uno le pidan responsabilidades.

Gervais frunció el ceño. Algo preocupado, comentó: —Parece que has cambiado de forma de pensar en todo este tiempo que has estado lejos de Shattiger.

Gervais observó que se había creado una comunicación entre el recién llegado y la forastera Rosemarie. Laurent y él mismo podían poner en acoso hacia Ottilie.

Philip, por su estupidez, era como si no entrara en el juego, y Elie, daba la impresión de que consideraba a Asien como cosa suya pese a que la joven apenas le hacía caso.

Se despidieron con el acuerdo de dar un paseo en barca por el pantano al día siguiente, si hacía buen tiempo.

— ¿Qué os ha parecido? —preguntó Asien, ya en la calle.

—Alexis es muy inteligente y guapo —admitió Rosemarie. Ottilie opinó:

—Gervais y Laurent tampoco están mal, pero el gordo parece un cerdito.

—Y a Elie, ¿para quién lo dejáis, para mí?

—Pues, te mira con muy buenos ojos —comentó Rosemarie.

Cuando llegaron a la casa, encontraron a la señora Ute encajada en

una butaca. Tenía los ojos entornados, parecía traspuesta. Rosemarie observó:

—Parece dormida.

—Se habrá tomado algo —opinó Asien—. Cuando está muy nerviosa, se prepara una infusión de hierbas que sólo ella conoce y se queda así. —Mientras hablaba, se acercó a la taza que había sobre una mesita baja y en la que sólo quedaban las heces. La levantó y la olfateó—. Sí, seguro que se ha preparado una de sus pócimas para recuperarse de uno de sus estados nerviosos.

Pasó la taza a Rosemarie para que la oliera y ésta frunció la nariz.

—Qué mal huele.

— ¿Qué clase de hierbas pone? —inquirió Ottilie.

—No lo sé. Me dijo que un día me enseñaría a buscar hierbas por el monte y junto al río, pero a mí esas cosas no me atraen. Además, si alguien te ve recogiendo hierbas coges mala fama en seguida.

Las tres se quedaron observando a la señora Ute que parecía sumida en una extraña somnolencia, ignorante de que las tres muchachas la rodeaban y escrutaban con sus miradas.

— ¿Por eso llaman bruja a tu madre? —preguntó Ottilie.

—Eso, no lo digas.

—Los muchachos lo han dicho —replicó Ottilie.

—Ellos han querido decir que mi madre es una bruja blanca o buena, que contrarresta a las otras brujas malignas. —Fue hacia el sofá y se dejó caer en él—. Verás, esta ciudad es tan pequeña que más parece un pueblo, y está cargada de supersticiones. A mí no me gusta esto, no es lo mismo vivir siempre aquí que sólo unos días como vosotras, porque entonces hasta resulta emocionante. Luego se va una a París o a cualquier ciudad alemana o adonde diablos quiera. Quedarse en Shattiger es como morir un poco, es participar de todas estas supersticiones que a mí me parecen absurdas, pero en las que la gente cree. Os aseguro que cuando he estado meses estudiando fuera, cuando estaba con vosotras, vivía de otra manera. Al regresar he vuelto a caer como dentro de un pozo en el que las aguas huelen mal porque están estancadas.

—Pues no nos contabas eso de tu ciudad —le reprochó Ottilie.

—Bueno, ¿quién no idealiza su hogar, su ciudad, sus amigos?

—Tienes razón —admitió Rosemarie con sensatez—. Luego, la realidad siempre resulta algo diferente.

—Yo quería que vinierais para que me enseñarais a ver esta ciudad de otra manera. No sé cómo explicarlo... Siempre habéis sido tan alegres que esperaba que con vosotras viniese la alegría.

—Si es por eso, no te apures —le dijo Rosemarie—, reiremos juntas.

—Sí, claro que sí. Además, esos jóvenes me han parecido muy bien —aprobó Ottilie—. Pasear en barca mañana será divertido, mientras no se le ocurra a nadie tirarme al agua.

—No temas. Ahora las aguas del río están muy frías y el río llena el pantano que forma la presa. Por muy Diablos que sean, no se atreverán a hacer una gamberrada tan grande.

—Esperemos que no. Me cuesta mucho curarme los resfriados.

La madre de Asien no despertó y ellas se prepararon una cena de circunstancias.

Aquella noche decidieron no salir de la casa.

La señora Ute se quedó en la butaca, en la misma posición en que la encontraran. Asien les dijo que no se preocuparan, no era la primera vez que se adormilaba de aquella forma, aunque su padre (que ahora estaba de viaje) solía molestarse bastante cuando la veía bajo los efectos de la pócima que ella misma se había preparado.

Rosemarie sentía aquella noche: un profundo cansancio, una fatiga que creyó debida a haber dormido mal la noche anterior.

Hubiera propuesto a Ottilie el regreso a París, con cualquier excusa de no haber aparecido Alexis. Aquel ejemplar de hombre le había parecido sumamente atrayente. Por otra parte, dudó que hubiera conseguido alejar a Ottilie de aquellos jóvenes recién conocidos.

Deseó descansar profundamente para encontrarse al día siguiente en el pantano, sobre una barca, junto a Alexis. Quizá lo mejor que podía pasarles era quedarse a solas.

Aún no sabía cómo era el pantano, en realidad un embalse conseguido mediante una presa de hormigón, un embalse que se había hecho sobre lo que anteriormente era un pantano natural. Por ello se le había seguido llamando el pantano, sólo que ahora era casi cincuenta veces mayor y, en cuanto a profundidad, no había comparación alguna.

Era un buen programa de sueños, incluyendo en ellos a Alexis. No

creía en el flechazo, pero estaba segura de que no iba a costarle nada enamorarse del joven sociólogo. Sin embargo, iría con cautela para no sufrir una decepción por si no había forma de ser correspondida.

Cuando se sumió en el sueño, no supo si se hallaba junto a Alexis. Sólo supo que algo desagradable vino a turbar su paz. Creyó escuchar voces lejanas, gemidos, quizá llantos y una voz grave que era como un continuado corrimiento de tierras.

Era difícil de describir y Rosemarie estaba tan cansada, tan abatida por el sueño, que era incapaz de levantar los brazos y mover las piernas para salir de la cama y tratar de ver lo que sucedía.

Quiso abrir los ojos, pero los párpados se le pegaban de tal forma que sintió verdadero dolor en ellos y fue entonces cuando gimió, sí, gimió en medio de un sopor que le impedía saber si estaba soñando o viendo una desagradable realidad.

CAPITULO V

Aquella mañana volvió a levantarse con la sensación de que había dormido muy mal. Se duchó y bajó a desayunar.

—Buenos días —saludó.

La señora Ute le miró circunspecta y preguntó:

— ¿Cómo has dormido, Rosemarie?

—Bien, bien —mintió, contra lo que era su costumbre, pues no deseaba molestar a aquella mujer diciéndole cada mañana que había dormido mal.

Asien llegó desde la calle trayendo pan y pastas calientes del horno. Estaba seria y, tras depositar sobre la mesa cuanto traía, dijo:

—Iremos al cementerio.

— ¿Al cementerio? —preguntó Rosemarie. La señora Ute puntualizó:

—Al entierro del viejo Anarsen.

—Ah, sí, recuerdo que dijeron que el anciano había muerto —admitió Rosemarie. Apareció Ottilie diciendo:

—Yo también iré.

Rosemarie quedó un poco perpleja. ¿Qué tendría que hacer su amiga en el cementerio?

—Sólo serán unos minutos, el cementerio está cerca. Después iremos a reunimos con los Diablos.

— ¿Los Diablos? —Preguntó la madre de Asien—. Andaos con cuidado, esos chicos suelen gastar bromas muy desagradables.

—No temas, mamá, los Diablos no son mejores ni peores que los otros hombres de la ciudad, lo que ocurre es que ellos son un poco más divertidos.

Rosemarie se acomodó a la situación. No tenía ningún interés en ir a un entierro y precisamente de un desconocido, pero la decisión de Ottilie la arrastró a ella también y se sintió peor al comprobar que muy poca gente acudía a él. La comitiva no llegaba a quince personas, incluyéndolas a ellas.

Durante el camino, el sacerdote que debía rezar las últimas oraciones tuvo un fuerte acceso de tos. Dio la impresión de que fuera a ahogarse, por lo que tuvo que retirarse, acompañado por un hombre. Todos esperaban que cuando se le pasara el ataque de los volvería al cementerio, pero ya no regresó.

Rosemarie se preguntó qué hacía en un lugar como aquél.

La fosa estaba abierta y mediante cuerdas, hicieron descender el ataúd mientras la madre de Asien parecía regurgitar frases ininteligibles.

Cuando el ataúd estuvo en el fondo, todos se miraron entre sí. El sacerdote no estaba y alguien debía rezar las últimas oraciones o cuando menos, pronunciar unas palabras de despedida.

La señora Ute se adelantó hasta el borde de la fosa. Era quien mejor había conocido al viejo Anarsen y ella había estado a su lado en el momento de la muerte.

—Dios todopoderoso, te pedimos que des paz y descanso al alma pecadora del viejo Anarsen.

Parecía que iba a añadir más cosas en medio de un denso silencio, que no estaba roto por el canto de los pájaros ni de las cigarras, ni siquiera por el viento.

De pronto ocurrió algo sorprendente. La tierra semejó moverse y todos miraron hacia sus propios pies, como temiendo que el suelo se agrietara bajo ellos para engullirlos.

Lo que sucedió fue que la tierra extraída de la fosa comenzó a resbalar y a caer sobre el ataúd, cubriéndolo como si una fuerza desconocida la empujara.

Frau Ute, que había quedado cerca de la fosa, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al fondo. Rosemarie, que estaba junto a ella, lo evitó cogiéndola por el brazo.

Asien gritó de miedo. Su madre quedó pálida, sin habla, mientras la tierra seguía rellenando la tumba.

El sepulturero no daba crédito a lo que estaba ocurriendo y, como impelido por la necesidad de terminar con aquel extraño entierro, tomó la pala y comenzó a palear con rapidez y fuerza para terminar la tarca mientras los demás se retiraban.

—En este condado siempre hemos tenido pequeños seísmos, menos mal que son poca cosa, leves temblores.

— ¿Es verdad que hay muchos seísmos? —preguntó Rosemarie a Asien.

—Sí, algunas veces pero nada importante, ni siquiera tenemos una casa agrietada.

En el cementerio se ha notado más porque la tierra estaba suelta.

—Por poco tu madre se cae dentro de la fosa y queda enterrada con el muerto — dijo Ottilie.

Podía ser un seísmo, evidentemente, pero Rosemarie no estaba muy convencida de ello. Empezaba a ver demasiadas cosas extrañas. La vieja apaleada y quemada en el bulevar; la bola roja de cristal que contenía un par de ojos llenos de vida y malignidad, una bola que había desaparecido. No sabía dónde estaba y no se atrevía a hablar de ella a nadie. Por último, estaba lo ocurrido en el cementerio. Ella había presentido aquella muerte antes de que nadie se la comunicara, también podía ser que hubiera oído inconscientemente las campanadas a muerte.

Miró hacia atrás. Vio el cementerio solitario, en él sólo había quedado el sepulturero rematando su tarea a toda prisa porque quizá él también tenía miedo.

Se estremeció. Tuvo la sensación de que por el tuétano de sus huesos corría el miedo como la sangre por sus venas. Había allí algo maldito que todavía estaba como un puzle por resolver. ¿Qué ocurriría al final, cuando todas las piezas encajaran?

¿Qué se vería reflejado en aquel puzle? Lo que en París o bajo el sol Mediterráneo parecía del todo imposible, allí cobraba una extraña realidad.

Sorprendió a la señora Ute mirando también hacia el cementerio y tuvo la impresión de que aquella mujer sabia más, mucho más de lo que llegaría a decir, pero también tenía miedo, el miedo estaba en su rostro. La señora Ute volvió la cara hacia adelante al ver los ojos de Rosemarie clavados en ella, como sintiéndose descubierta.

El cielo se fue haciendo más y más gris, pero no llovía ni parecía que fuera a caer ningún aguacero.

Las tres muchachas acudieron al lugar del encuentro donde las esperaban dos coches. Uno estaba conducido por Alexis y el otro por Gervais.

Rosemarie se acomodó junto a Alexis y Ottilie lo hizo junto a Gervais.

Asien, sin proponérselo, quedó sentada entre Laurent y Elie.

Philip, sonriendo estúpidamente mientras comía unas chocolatinas, se acomodó en el asiento posterior del coche de Alexis.

En realidad, se podía ir andando hasta el embarcadero del pantano, pero los coches facilitaban el camino y lo hacían más agradable. El río no era gran cosa, pero tenía mucha vegetación a ambos lados. Los álamos mostraban su desnudez invernal y ofrecían un aspecto melancólico.

En el embarcadero había dos botes de tamaño muy diferente.

Alexis, que resultó un hombre decidido, cogió a Rosemarie por el brazo y dijo:

—Ella y yo podemos pasear en el pequeño. Los demás cabéis en el grande, os podéis repartir los remos.

Gervais le lanzó una mirada mezcla de resignación y sarcasmo.

—Yo iré al embarcadero del viejo —dijo Laurent— Allá hay otro bote y tiene motor. Asien le objetó:

—Ten cuidado, pueden llamarte la atención.

La carcajada que dejó escapar Laurent fue algo forzada, pero resbaló sobre las aguas quietas del pantano, tan quietas que parecían aceitosas, unas aguas negras por su profundidad.

— ¿Quién va a impedírmelo? El viejo está muerto y enterrado y si hay herederas, no creo que se molesten mucho porque hayamos dado un paseo en bote.

Laurent anduvo hacia la presa dispuesto a pasar por encima de ella. Allí había un camino apto para que pasara un automóvil, pero Laurent fue a pie mientras los demás se acomodaban en los botes.

Ottilie se las arregló para ponerse junto a Gervais, y Asien, como casi siempre, quedó entre Elie y Philip. Este último se colocó al timón del bote grande y su peso se notó en la popa, pues la línea de flotación subió y el agua quedó bastante cerca del borde de la barca.

Sorprendentemente, comenzó a levantarse una inesperada niebla, una niebla que, por otra parte, podía considerarse habitual en invierno.

Venía de la parte alta del pantano, donde la profundidad del agua era más escasa.

—No me gusta esto —opinó Alexis mientras bogaba encarado frente a

frente con Rosemarie.

— ¿Tienes miedo por la niebla?

-Sí.

—No hay mucha, se ve a lo lejos.

—Esto puede ser sólo el principio. Aquí, las nieblas se hacen muy densas. La verdad es que se recomienda no pasear en barca por el embalse durante el invierno; en verano es otra cosa, porque el nivel del agua suele descender.

—En invierno todos los lugares son tristes —opinó Rosemarie—, pero también tienen su poesía. Creo que la poesía está más cerca de la melancolía que de la alegría o de la explosión de la vida.

—Tienes razón. ¿Qué estudias tú?

—Filología latina.

—Está muy bien, imagino que acabarás siendo una excelente profesora.

—No lo sé, pero creo que no me apetece ser profesora.

— ¿Por qué? ¿Temes a los o a las estudiantes?

—Un poco. Además, amo la libertad y los profesores suelen sojuzgar esa libertad imponiendo sus enseñanzas.

—Pero si son las acertadas y adecuadas...

—Puede que sea como dices, pero no siempre ha sido cierto. Estudiando la historia, ha habido momentos en que los profesores se han empeñado en enseñar cosas, sucesos, física, astronomía, que el tiempo, las nuevas investigaciones, han demostrado que eran erróneas.

—He de darte la razón.

Mientras, Laurent había llegado frente a la casa del viejo Anarsen, subiéndose al bote. Empezó a inspeccionar el motor para asegurarse de que llevaba gasolina, pues era un motor pequeño, cuando la niebla comenzó a interponerse entre la casa y el bote. Todo se difuminaba, lo real parecía irreal y lo irreal podía llegar a parecer verosímil.

La respiración se contuvo en la garganta de Rosemarie.

Fue ella quien primero vio lo que ocurría, quien primero se asustó, poniéndose en pie sobre la barca. Fue un movimiento brusco, instintivo, que puso en peligro su equilibrio, con evidente riesgo de

caer al agua, unas aguas embalsadas que si no estaban heladas porque aún no había hecho el suficiente frío, sí estaban tan frías que se hallaban cerca del punto de congelación, lo que significaba que si alguien permanecía un tiempo dentro de aquel pantano, sumergido en sus aguas, corría un riesgo mortal.

De la casa surgió una figura humana. Rosemarie no podía conocerlo porque no lo había visto jamás, pero su instinto le advirtió que aquel ser, que desde mucha distancia podía parecer una figura fantasmagórica o una ilusión en la niebla, era el viejo Anarsen, lo cual iba contra toda lógica de la naturaleza. ¿Cómo podía estar allí un ser que había muerto y que hacía pocas horas fuera enterrado? Imposible, aquello rompía todas las posibilidades de verosimilitud y credibilidad.

El grito de Rosemarie fue agudo, cortante como un cuchillo, un grito que se expandió en todas direcciones por encima de las aguas del pantano, tratando de cortar la niebla que avanzaba hacia ellos con la maligna intención de envolverles, quizá engullirlos como si tuviera vida propia.

Cuando Laurent se volvió, el viejo Anarsen ya saltaba sobre el bote que había sido suyo.

Aquel fantasma, espectro o lo que fuera, llevaba sus pinzas ortopédicas por delante, como armas dispuestas para atacar. Aquellos garfios de acero que en vida habían suplido a unas manos ahora eran armas que podían matar.

— ¡No, no es posible, está muerto, está muerto!

—gritó Laurent, retrocediendo torpemente hacia la proa del bote mientras el viejo Anarsen avanzaba hacia él con las punzantes y temibles pinzas por delante.

A distancia, todos pudieron ver cómo Laurent agarraba un aparejo de pesca que consistía en un palo largo que hacía de mango y que terminaba en un aro ancho, del que pendía una fina y amplia red que servía para capturar peces ya medio atrapados por algún anzuelo.

Blandió aquel aparejo para golpear al viejo Anarsen que le atacaba, pero uno de los garfios lo atrapó como si fuera la pinza de un escorpión.

Arrancó el largo mango de las manos de Laurent y, sujetándolo entre los dos garfios, lo partió, arrojando los pedazos al agua.

Ante los ojos de Alexis y Rosemarie, que era quienes estaban más cerca y también de los otros jóvenes que en el bote grande quedaban más

distanciados, el viejo Anarsen se abalanzó sobre Laurent. Este, al fallarle el pie en la proa, cayó a las aguas. El viejo Anarsen saltó sobre él mientras la niebla avanzaba tan rápidamente que parecía querer ocultar la tragedia.

Alexis remó con fuerza para llegar cuanto antes al lugar donde Laurent había caído al agua, pero la niebla les envolvió y todos quedaron aislados. La niebla se hizo tan densa que a la propia Rosemarie le pareció que la figura de Alexis se tornaba fantasmal.

— ¡Rosemarie, Rosemarie! —gritaba Ottilie.

— ¡Remad hasta el embarcadero! —gritó Alexis.

Se inició una búsqueda angustiosa que la niebla hada más difícil, como si ésta tuviera inteligencia y malignidad para provocar dificultades.

No se oía más que el batir de los remos en el agua y el roce de los zapatos sobre las maderas de los botes, ningún chapoteo que advirtiera que alguien trataba desesperadamente de escapar a la muerte.

Rosemarie preguntó:

— ¿Laurent sabía nadar?

—Sí, pero cuando las aguas son muy frías colapsan el cuerpo, entumecen los miembros hasta tal punto que apenas puedes moverte.

Pasaron los minutos. El bote pequeño abordó al del viejo Anarsen y ambas embarcaciones chocaron ruidosamente. Después, nada.

— ¡Gervais, Elie! ¿Habéis encontrado algo? —gritó Alexis.

— ¡Noooo! —fue la respuesta.

Siguieron buscando inútilmente. Las negras aguas del pantano se tragaron al joven Laurent al que habían visto desaparecer en el embalse empujado por el viejo Anarsen, un viejo que hacía horas fuera enterrado.

CAPITULO VI

Trataron de distraerse con una película introducida en el vídeo. Era un filme de humor, pero en aquellos momentos a las tres jóvenes el humor les resultaba patético. Ninguno de los muchachos que había acudido al pantano dijo una sola palabra respecto a la aparición del viejo Anarsen, el anciano danés que había muerto en su casa y que ya estaba sepultado. ¿Cómo podía hablarse de su fantasmagórica aparición? Sin embargo, no pocos lo habrían creído sin vacilación alguna, pero estaba la legalidad de por medio y en aquellos momentos los agentes de la autoridad buscaban, rastreaban el pantano pese a las difíciles condiciones y se decía que si no aparecía durante la noche, al día siguiente hundirían explosivos para que las detonaciones arrancaran el cadáver que podía estar en el fondo, un fondo demasiado profundo para que hombres-rana se arriesgaran escrutando el fondo con linternas subacuáticas.

Ahora estaban lanzando cuerdas con terminales de garfios, con la esperanza de que algunos de ellos apresara el cuerpo del desaparecido o uno de sus miembros para subirlo a flor de agua y terminar con la pesadilla de la búsqueda.

A Rosemarie le extrañaba que la ciudad se conmoviera tanto con la desaparición de Lauren, y, en cambio, nadie aludiese siquiera a una vieja también desaparecida.

¿Acaso aquella vieja no había existido jamás?

— ¿Qué estás pensando, Rosemarie? —preguntó Asien, arrancándola de su ensimismamiento.

Nadie se enteraba de lo que se estaba proyectando en la pantalla. Apareció la señora Ute y cerró el aparato. Después se enfrentó a las tres muchachas.

— ¿Qué ha ocurrido en el pantano? —preguntó directamente.

—Ya lo hemos contado —respondió Asien—. Laurent quiso pasear en el bote del Viejo Anarsen y se cayó al agua. Había mucha niebla cuando llegamos junto a él, y no se le pudo encontrar. Ya sabes lo frías que se ponen las aguas del embalse por estas fechas y más adelante, el pantano se convertirá en una pista de hielo.

—Pero pasó algo más —insistió la señora Ute—. Lo sé. De todos modos, es mejor que no contéis nada a nadie.

—Mamá, ¿qué es lo que sabes?

—Yo sé que el espíritu del viejo Anarsen no está entre los justos ni entre los malditos, sigue en la tierra, entre nosotros.

— ¿Cómo lo sabe usted? —le preguntó Rosemarie abiertamente, cuando ya empezaba a preocuparse por no poder discernir entre lo que era real y lo que tenía que ser forzosamente irreal.

—Porque la cruz de Ankh ha impedido que el espíritu se separe del cadáver.

—Mamá, ¿cómo sabes tú eso?

—Porque yo estaba junto a él en el momento de la muerte.

— ¿Le puso usted esa cruz de Ankh de la que habla?

—Haces demasiadas preguntas, Rosemarie, y no es bueno que las hagas. Es más, sería aconsejable que mañana al amanecer tomarais vuestro coche y marcharais de regreso a París. Ya veis que esta tierra es medio francesa, pero también medio germana. Aquí se unen varias culturas, varias tendencias, y no pocos aseguran que sólo somos alsacianos; sin embargo, yo me siento germánica y vosotras, galas; no nos entendemos.

—Mamá, son mis invitadas —se quejó Asien—, no puedes echarlas de esa manera.

—Si molestamos, nos iremos —aceptó Rosemarie.

Ottilie observaba sin saber qué hacer ni qué decir. Incluso, no sabía si ponerse seria o reír levemente; no hizo nada, permaneció quieta y esperó a que Rosemarie decidiera por ella.

— ¿Dónde le puso la cruz de Ankh? —inquirió Rosemarie, como adquiriendo una fuerza dominante que sorprendió a sus amigas.

La señora Ute miró a la joven con cierto temor y prefirió no responder. Dio media vuelta para marcharse, pero Rosemarie se levantó de su butaca, fue hasta ella y la cogió por el brazo.

—Usted tenía esa cruz de Ankh. No sé qué motivos la impulsaron a actuar como lo hizo, pero debía tener una razón. Díganos, ¿dónde se la puso?

—En la boca.

Dando un tirón de su brazo, se zafó de Rosemarie y fue hacia la escalera, camino de las habitaciones.

— ¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó Ottilie ingenuamente.

—Sería para protegerle —opinó Rosemarie. Asien dijo entonces:

—Alexis se ha marchado de Shattiger.

Rosemarie parpadeó como si acabara de recibir un telegrama con trágicas y desagradables noticias. Asien había desviado hábilmente la conversación con aquella noticia.

— ¿Ah, sí? No me habías dicho nada.

—No me he acordado de decírtelo. Por lo visto, le han telefoneado para que vaya a no sé dónde a recoger información. Y sabes, está haciendo su tesina y eso lo absorbe. Alexis será un gran hombre en el futuro, no te quepa duda, pero ahora está totalmente dedicado a su trabajo.

Rosemarie se percató de que su amiga trataba de molestarla con sus palabras, pero prefirió no darse por enterada. No quería replicar. Aquel viaje que había pensado sería relajante, e incluso hasta divertido pese al tiempo desapacible, se había tornado trágico y desagradable.

—Ottilie, creo que la señora Ute tiene razón, debemos marcharnos al amanecer. En estas circunstancias, es mejor no continuar en una ciudad que tiene música constante de campanadas de muerte.

Ottilie, resignada, se encogió de hombros. Si el rastreo del pantano proseguía, al día siguiente la diversión de aquella ciudad consistiría en acudir a otro cigarro.

—Espero que esta situación no rompa nuestra amistad —pidió más que dijo Asien.

—No temas —la calmó Rosemarie—, Hemos venido en circunstancias inoportunas, y es que cuando se emprende un viaje nunca sabe. Nadie podía esperar que un muchacho se ahogara en el pantano y que un extraño anciano muriera un día antes, y que… Prefiero no continuar. Cuando volvamos a París lo veremos todo distinto.

¿Dónde piensas seguir con tus estudios? —preguntó mirando a Asien.

—Pues, en el cantón germanófilo de Suiza.

—Supongo que tus abuelos serían alemanes —observó Rosemarie.

—Sí, lo fueron.

—Será mejor que nos vayamos a descansar, ha sido un día desagradable. Si te enteras de que han encontrado el cadáver de ese

muchacho, avísame. No me gusta- ría que quedara para siempre en el fondo del pantano.

—No temas, la policía terminará por sacarlo. No es la primera persona que se ahoga en el pantano.

Rosemarie fue hacia la escalera y Ottilie la siguió. Aquella noche no cenaron, nadie tenía apetito.

—Me queda una duda, Asien.

— ¿Cuál?

— ¿Viste tú lo que yo vi en el pantano?

—No lo sé, había mucha niebla.

Rosemarie consideró las palabras de Asien como una evasión, un deseo de no comprometerse, y la disculpó. Asien tenía que seguir viviendo en aquella ciudad casi olvidada, donde las nieblas eran constantes lo mismo que el culto a las leyendas y supersticiones. Quizá, si ella hubiera estado en su lugar, habría actuado lo mismo.

Subió en dirección a la alcoba seguida por Ottilie, que parecía muy compungida, como niña contrariada.

Al llegar frente a la puerta del dormitorio de Ottilie, se detuvieron.

— ¿Crees que Asien se enfadará? —preguntó Ottilie.

—Ella no tiene culpa de nada. Su madre nos ha pedido que nos vayamos, sus motivos tendrá.

— ¿Qué es eso de la cruz de Ankh? —preguntó Ottilie.

—No lo sé muy bien, me gustaría tener libros para consultar, pero creo que es la cruz egipcia.

— ¿Egipcia?

—Sí, es mucho más antigua que la cruz cristiana. La cruz de Ankh nada tiene que ver con el cristianismo, aunque algunos crean lo contrario; lo mismo que el diablo, que muchos piensan que es exclusivo del cristianismo y tampoco es cierto.

—Tú crees que la señora Ute es una bruja, ¿verdad?

—No exactamente, ya lo dijo Asien. Ella evita, contrarresta los conjuros de las brujas.

— ¿Por eso le metió la cruz de Ankh en la boca al viejo muerto?

—Posiblemente.

—Y según ella, ¿el espíritu de ese viejo vaga ahora libre por el pantano?

—Eso parece, aunque no lo sé bien del todo. Quizá el espíritu del viejo debía permanecer sujeto al cadáver para siempre, pero de alguna manera ha escapado de su encierro.

—Ottilie, me gustaría que todo se aclarara, que la verdad resplandeciera, pero me temo que en este lugar no es posible, todo seguirá entre nieblas. Es mejor que nos vayamos, las fuerzas del mal están desatadas aquí, y creo que cuando una se enfrenta a estas situaciones es mejor no hacerse la heroína y poner tierra y espacio de por medio.

—Es decir, que tú crees en todo eso de los espíritus y las maldiciones.

—Preferiría no creer, mi razón me dice que no es posible, pero… ¿quién no hubiera tenido miedo en el pantano, viéndose atacado por el espíritu de alguien al que has visto enterrar pocas horas antes?

—Es cierto. Mañana nos marcharemos.

—Es lo mejor. Dentro de algún tiempo habremos olvidado todo esto.

Se separaron. A Rosemarie le extrañó que Ottilie no le pidiera que ambas durmieran en la misma habitación. Ottilie era de las personas que si tenían miedo, no lo ocultaban. Sin embargo iba a dormir sola en una alcoba que le era extraña y no se podían olvidar todos los acontecimientos de aquel día aciago, un día que aún no había terminado. En el pantano, los agentes de la autoridad seguían buscando el cadáver del desaparecido Laurent.

Buscó un libro y encendió un cigarrillo. Deseaba dormir, pero sabía que no iba a conseguirlo con facilidad y era reacia a tomar pastillas para conciliar el sueño.

Por ello prefirió fumar un poco y leer unas páginas de un libro, unas páginas que podían resultar deliciosamente aburridas y terminar haciéndose soporíferas.

Se hizo un gran silencio, un silencio que comenzó a hacerse rumoroso, porque cuando en una casa antigua un silencio era grande, comenzaba la sinfonía de pequeños ruidos. Unas maderas que crujían, unos metales que se contraían al enfriarse, unos gusanos que roían la madera y el alma de la tierra que expandía sus pálpitos, a veces lentos, a veces rápidos, a través de los cimientos y los muros.

En aquella casa podía tranquilizarse; no era un caserón solitario y cualquier ruido podía tener una causa lógica, una explicación racional. Otra cosa hubiera sido hallarse en una casa solitaria, abandonada. A la hora, a las dos horas, a las tres horas, se habría convencido totalmente de que no estaba sola a causa de los pequeños ruidos que la rodearían.

El miedo es como una bola de nieve que cae por la pendiente y cada vez se hace más y más grande, arrasando cuanto se opone a su paso.

El miedo agudiza el oído y aumenta el volumen de los ruidos dentro de nuestro cerebro, enturbia la vista. Es como drogarse y deslizarse por el tobogán de un mal «viaje».

Rosemarie tenía atenazados sus nervios de forma que no pudieran descontrolarse.

Un portazo lejano le hizo fruncir el ceño. No era un portazo normal, era el ruido de una portezuela de automóvil y no había oído el motor de ningún vehículo. Pensó en ello porque su coche era uno de los pocos que estaban en la calle.

Pasaron dos o tres minutos antes de que llamaran a la puerta de su alcoba con los nudillos.

— ¿Se puede?

Vio cómo la señora Ute entraba en el dormitorio.

—Sí, claro —asintió Rosemarie.

— ¿Has cerrado bien el coche?

—Pues sí, creo que sí.

—En Shattiger no hay tantos ladrones como en París, bueno, prácticamente no hay, pero nunca se sabe. He oído unos ruidos y he pensado que debía avisarte.

—Gracias.

Rosemarie se acercó hasta la ventana, la abrió y miró hacia el coche. Le pareció que la portezuela estaba levemente entornada.

—Será mejor que baje, algo debe haber pasado —dijo; la madre de Asien ya había desaparecido.

Buscó las llaves del coche y salió del cuarto dispuesta a cerrarlo. Iba con inquietud, pues si algún ladrón lo había abierto, no deseaba toparse con él.

Bajó a la sala, tenuemente iluminada por dos bombillas de escasa potencia y los rescoldos de la chimenea. Le hubiera gustado que allí hubiera alguien, Asien o la señora Ute.

Tuvo que decidirse. Fue hasta la puerta, la abrió con sigilo y observó la calle con atención. La frialdad del aire le dio en el rostro, pudo oler la humedad de la ciudad. La calle estaba muy silenciosa, totalmente solitaria.

Era indudable que su coche había sido abierto. Ella no había dejado dentro nada del equipaje y lo que podían haberle robado era el radio-casete y la caja de herramientas, poco más.

Salió de la casa ajustando la puerta.

La farola más próxima estaba apagada y también parecían apagadas las estrellas en la bóveda celeste, pues densas nubes se interponían entre ella y las estrellas que no alcanzaba a ver.

Se acercó al coche y observó que la portezuela estaba forzada, lo que le produjo un inmediato disgusto, un disgusto más desde que llegara a Shattiger, una ciudad que había empezado a odiar.

De pronto, una mano enguantada rodeó su rostro tapándole la boca.

Se agitó queriendo zafarse de aquel ataque, que en el fondo había estado temiendo cuando vio a un hombre encapuchado. Sus ojos, a través de los agujeros de la lana de la capucha, le causaron miedo.

—Si gritas, te matamos —silabeó el encapuchado, poniéndole la punta de una navaja en el cuello.

Rosemarie no tardó en ver más encapuchados y recordó de inmediato la noche de su llegada a aquella ciudad. La vieja acosada, apaleada y quemada viva después de la que nadie se había preocupado, como si jamás hubiera existido.

La introdujeron en la parte de atrás del coche y quedó entre dos encapuchados que la mantenían férreamente sujeta y amordazada.

Otros dos subieron en la parte delantera del auto. Uno le había arrebatado las llaves que la joven llevaba en la mano y puso el vehículo en marcha.

Se alejaron de la casa sin que hubiera podido avisar a nadie de lo que ocurría.

— ¡Soltadme! —suplicó como pudo.

Su voz salió por entre los guantes que le sujetaban la boca.

No hicieron caso de su petición y le propinaron un fuerte golpe en el costado, que le provocó un intenso dolor y la hizo encogerse sobre sí misma.

Perdió la noción del tiempo, no sabía en qué dirección viajaban, pero cuando el coche se detuvo y la sacaron fuera vio ante sí el muro y la puerta del cementerio, lo que le produjo terror.

Quiso echarse hacia atrás, huir, pero la empujaron con violencia hacia la puerta. Ella no quería entrar en el cementerio, pero seguían empujándola haciendo inútiles sus esfuerzos.

— ¡Dejadme, dejadme, no me gusta esta clase de bromas, no me gusta! —gritó.

A los encapuchados ya no parecía preocuparles en absoluto que ella chillara, pues estaban lejos de la ciudad.

Pese a sus forcejeos, Rosemarie fue introducida en el cementerio donde vio a más encapuchados, algunos de los cuales portaban antorchas que humeaban en la noche.

La situación había dejado de parecerle una broma. El final de la vieja había sido trágico y a ella la aterraba pensar que podía terminar de la misma forma.

Casi a rastras, porque se negaba a avanzar, la llevaron hasta la tumba del viejo Anarsen, una tumba cuya tierra aún estaba blanda. No había llovido aún sobre aquella tierra, pero no parecía que fuera a tardar mucho en hacerlo. A lo lejos, en el horizonte, por encima de los árboles, se veían como fogonazos. Eran relámpagos lejanos.

Rosemarie, que no comprendía nada de lo que le sucedía, fue empujada brutalmente para que cayera sobre la sepultura. Casi de un zarpazo, logró agarrar una de las capuchas y se la llevó consigo, desnudando uno de los rostros, un rostro que gracias a las antorchas pudo identificar.

— ¡Gervais!

CAPITULO VII

El joven identificado recuperó la capucha de un violento manotazo y volvió a cubrirse con ella, centrando sus malignos ojos en los agujeros para poder ver a través de ellos.

—Sé que sois los Diablos. ¿Por qué no me dejáis en paz? —preguntó la muchacha, tragándose los sollozos, queriendo demostrar menos miedo del que realmente sentía.

— ¡Tú eres una bruja! —acusó Gervais, señalándola con su índice enguantado.

— ¿Yo una bruja, estáis locos?

—Eres una bruja, no puedes negarlo —insistió Gervais, con el asentimiento de los demás encapuchados.

Otro de los allí reunidos la acusó también.

— ¡Eres la heredera de la bruja Dina!

— ¡Yo no soy heredera de nadie! —gritó Rosemarie que, medio sentada sobre la tumba del viejo marino danés, se veía rodeada de encapuchados; evidentemente, albergaban muy malas intenciones respecto a ella.

—Dina pagó sus maleficios con la vida y tú, que has seguido haciéndolos por ella, también pagarás —le dijo otro de los encapuchados.

— ¡Yo no sé nada de brujerías, nada, no he hecho ningún maleficio!

—El viejo Anarsen, cuyo cadáver estaba bajo tu cuerpo, ha sido conjurado para que su espíritu vuelva entre nosotros y nos ataque como ha hecho con uno de nuestros hermanos, hundiéndolo en las aguas del pantano, y eso es obra tuya, tuya,

— ¡No, yo no sé nada de conjuros ni maleficios! —Chilló mientras se oía más próximo el fragor de los truenos de la tormenta—. ¡Yo no sé nada de lo que ocurre en esta ciudad!

—Tú estabas en la calle cuando le dimos su merecido a la bruja Dina —le dijo Gervais, pues su voz enronquecida ya no se le confundía.

—Fue casualidad, acababa de llegar a la ciudad. Tú me viste, sí, debiste ser uno de los que pasó junto a mi coche y me vio, pero fui

sólo una testigo.

Otro gritó:

— ¡Y nos denunciaste a la policía!

—Era lo lógico, una actitud de ciudadanía, de justicia. Matasteis a una anciana.

— ¡No era una anciana, era una maldita bruja! —le gritó Gervais, abofeteando su rostro con tal dureza que tumbó a Rosemarie sobre la sepultura.

— ¡Canalla!

—Tú viniste aquí para seguir haciendo los conjuros y maleficios que la bruja Dina llevaba a cabo contra la ciudad —acusó otra voz.

— ¡Yo no he hecho nada, nada, tenéis que creerme!

—La bruja Dina, no sabemos cómo, conseguía el retorno de los espíritus de los seres más abominables que habían vivido en la ciudad para que siguieran causando daño, para que Shattiger termine siendo abandonada y muera para siempre. Creíamos que con su muerte todo había terminado, pero ha aparecido un nuevo espíritu maligno. Sabemos que el viejo Anarsen fue un criminal despreciable, un hombre capaz de matar a su hermano, y ha regresado para hacer daño. Si la bruja Dina ya ha muerto, ¿quién podía haber invocado el retorno del espíritu del viejo Anarsen? Sólo tú.

— ¡Yo no, yo no!

— ¡Sí, tú! —acusó una voz de mujer enronquecida, arrojándole al rostro un pañuelo vasto y sucio, oscuro—. ¿Reconoces esto?

Rosemarie lo tocó entre sus dedos, lo miró y al reconocerlo, se asustó aún más.

— ¡Yo no sé nada! —gritó, arrojándolo lejos.

Trató de levantarse y escapar, pero varias manos la sujetaron y uno de los encapuchados le restregó el pañuelo rojo oscuro por la cara, como si quisiera lavársela con él.

—Lo tenías tú, y éste era el pañuelo que la vieja Dina solía llevar alrededor de su cuello. ¿Dónde tienes la bola roja?

— ¡Yo no sé nada, nada!

Empezaron a caer gotas, la tormenta se cernía sobre ellos.

— ¿Dónde está la bola roja de la bruja? La arrojaremos al fondo del pantano o la destruiremos haciéndola añicos. ¿Dónde está?

—No lo sé, no lo sé.

—Tú la tienes.

— ¡No!

— ¡Acabemos con ella!

— ¡A la hoguera! —gritó otra voz.

Las antorchas se agitaron, chisporroteando.

La cogieron por brazos y piernas y la llevaron como en volandas hacia lo que parecía iba a ser su trágico final.

Rosemarie no podía asimilar lo que estaba ocurriéndole, no podía creer que aquello le estuviera pasando a ella cuando estaban en las postrimerías del siglo XX. Era como si hubieran retrocedido al siglo XVIII o XVII, o más atrás aún.

Rodearon el muro del cementerio por su parte externa.

Detrás quedaba la fosa común para los herejes, suicidas, excomulgados y otros seres que se consideraban indignos de ser enterrados en tierra consagrada. Aquella fosa debería haber sido olvidada en la noche de los tiempos, pero no, seguía allí, esperando a los malditos de la sociedad.

Con ojos de gran espanto, pudo ver lo que le había preparado aquel grupo de malditos que se llamaban Diablos y que, paradójicamente, aseguraban luchar contra las brujas y el satanismo.

Pudo ver la leña apiñada en torno a un poste clavado en aquella tierra maldita. Posiblemente allí mismo, hacía siglos, quemaban a las brujas sentenciadas oficial- mente por los tribunales religiosos.

El cielo se iluminó en medio de cegadores relámpagos y los truenos semejaron resquebrajar la tierra.

Una rociada de agua mojó el rostro de Rosemarie, que era llevada en volandas hasta la pira que reduciría su cuerpo a cenizas, purificándola; cenizas que quedarían esparcidas sobre la tierra de la fosa común y que ya nadie podría identificar.

Quedaría perdida en el olvido, porque jamás explicarían nada de su trágica muerte en la hoguera. Los malditos Diablos no contaban sus fechorías y, al parecer, la policía no quería saber nada de ellas, por eso

no había investigado a fondo sobre la desaparición de la anciana llamada Dina y a la que todos habían calificado de bruja.

La subieron por encima de los haces de leña y pegaron su espalda contra el poste, que sobresalía casi dos metros por encima de la montaña de leña.

Comenzaron a atarle las manos a la espalda con cuerdas, quedando el poste entre la espalda y las muñecas. También sujetaron sus piernas al maldito madero y rodearon su cuerpo con la larga y gruesa cuerda mientras las antorchas iluminaban lo que iba a ser un crimen.

—Muerta tú, el espíritu del viejo criminal volverá a la tumba porque ya no podrás volver a invocarlo con tus maleficios, esos maleficios que te enseñó la bruja Dina.

Aquellas palabras, pronunciadas por Gervais, más que dichas parecían escupidas sobre el rostro de la muchacha.

— ¡No, no me queméis, no me queméis, os lo suplico, soy inocente, inocente!

— ¡Las brujas siempre han proclamado su inocencia para escapar al fuego purificador y seguir haciendo daño! —le gritó una voz de mujer, muy ronca, que no llegó a reconocer.

Los encapuchados se apartaron del montón de leña sobre el que Rosemarie permanecía atada, y con las antorchas comenzaron a prender la hoguera.

La leña no hacía mucho tiempo que fuera cortada de las ramas de robles viejos, estaba verde y costaba de prender; pero al fin, en medio de una gran humareda, las llamas comenzaron a alzarse en torno a Rosemarie que, negándose a morir de aquella forma, gritaba despavorida, esperando que un milagro la salvase mientras las lágrimas saltaban de sus ojos.

No se resignaba a morir de forma tan horrible, no quería ser quemada viva. Sabía que el dolor y también la ignominia serían muy grandes.

— ¿Por qué, Dios mío, por qué me ha tocado esto a mí? —gritó entre sollozos, viendo que no escaparía a su trágico destino.

Un rayo cayó allí mismo contra unos hierros del cementerio y todo semejó temblar a su alrededor. Fue como si se agrietaran las tumbas, dejando en libertad a los muertos para que pudieran abandonar sus lechos.

Los encapuchados, viendo a Rosemarie rodeada por las llamas, todavía

pequeñas pero vivaces y de una densa humareda que la hada toser, se alejaron con rapidez, pues cayó otro rayo y tal parecía que las fuerzas de la Naturaleza les persiguieran a ellos.

En su miedo, quizá llegaron a pensar que Rosemarie invocaba al Príncipe de las Tinieblas para que la ayudara y éste desataba aquella temible tormenta para castigar a los que a sí mismos se llamaban Diablos y que tenían más relación con Satanás de la que ellos mismos pretendían.

La tormenta se desató sobre aquel lugar como si se hubieran roto las cadenas que sujetaban las fuerzas infernales, como si alguien hubiera levantado el séptimo sello del apocalipsis.

Fuego, humo, relámpagos, el fragor ensordecedor del trueno que sacudía hasta los huesos de la muchacha que permanecía amarrada al poste, esperando su trágico final mientras sus pulmones se llenaban del intoxicante humo.

El agua de la lluvia cayó sobre ella con tal violencia que hubierase dicho que estaba en el fondo de una catarata. La humareda aumentó, pero el humo fue como empujado contra el suelo, aplastado contra la tierra. Las llamas cedieron bajo la torrencial lluvia y terminaron apagándose.

El agua, casi helada, empapó el cuerpo de la joven, que aún no podía hacer nada por escapar mientras los relámpagos caían aquí y allí en torno suyo, como cercándola. En medio de aquella tormenta desatada, con el fuego ya apagado y el humo disuelto en el agua, Rosemarie lloraba convulsivamente y sus lágrimas se mezclaban con la lluvia que resbalaba por su rostro.

— ¡Dios mío, ayúdame, ayúdame! —suplicaba.

Comenzó a forcejear con las cuerdas que segaban la piel de sus muñecas y cuando logró liberar una de sus manos, sintió una feroz emoción; ya estaba más cerca de la libertad.

Siguió forcejeando hasta liberar sus dos manos y los brazos y comenzó a mover las cuerdas subiendo y bajando su cuerpo junto al palo, buscando a tientas, iluminada sólo por los cegadores relámpagos, hasta que consiguió deshacer los nudos y escapar de la montaña de leña.

Cuando tocó tierra, fue la tierra de la fosa común, el lugar donde tantos y tantos habían desaparecido en el olvido a través de los siglos por la maldición de los fariseos que gobernaban la ciudad de Shattiger.

Aterida de frío, corrió hacia el muro del cementerio.

Volvió la cabeza y vio la siniestra montaña de leña con el poste emergiendo en el centro. Se estremeció, no supo si de miedo o por el frío que le producía la lluvia que la empapaba hasta los huesos.

Rodeó el cementerio.

Tenía que huir, pero temía volver a encontrarse con los Diablos, los malditos encapuchados que como diversión asesinaban a quienes creían sus enemigos.

Cuando Rosemarie vio su coche abandonado frente al cementerio, sintió un gran alivio. El coche podía ser su salvación.

Corrió hacia el vehículo que tan bien conocía. Temía que no le hubieran dejado las llaves, pero allí estaban, metidas en el contacto.

Con la portezuela todavía abierta, le dio a la llave. El motor ronroneó y luego se paró, pero ella insistió hasta que el coche roncó con fuerza. Rosemarie hizo una brusca maniobra y, con la violencia de la misma, se cerró la portezuela.

—Tengo que escapar, tengo que escapar —se repitió, temblando de miedo.

Sabía que lo que habían intentado hacerle no era ninguna broma Habían tratado de seguir con sus tradiciones medievales quemando a una bruja y estaban convencidos de que ella era una bruja.

A gran velocidad, en medio de la torrencial lluvia, casi cegada, buscó la carretera.

Tenía que huir, huir, huir…

Consiguió llegar a la carretera con aquella tormenta tan parecida a la que se desatara la noche de su llegada a la ciudad de Shattiger.

Cuando se producían los relámpagos, el cristal parabrisas se iluminaba y no veía nada.

Sin importarle el riesgo que corría, se lanzó por la carretera de tal modo que los neumáticos patinaban por el acuaplaning, había demasiada agua sobre el asfalto. Tenía que alejarse, poner cuantos más kilómetros mejor entre ella y la maldita ciudad.

De pronto surgieron dos ojos luminosos que la cegaron por completo y perdió el control del vehículo. Intentó frenar, maniobró con el volante y notó que daba algunos golpes, no supo contra qué.

Al final, chocó contra un árbol grueso tras derribar dos pequeños.

Rosemarie no sintió ningún dolor. Notaba algo salado en su boca, quizá fueran sus lágrimas. Un faro se había roto y el otro, iluminaba el bosque.

—Dios mío, ahora sí que no me importa morir… —gimió.

Sus ojos dejaron de ver la luz y su mente se sumió en una oscuridad y un silencio que nada tenían que ver con cuanto la rodeaba.

CAPITULO VIII

Cuando despertó, tardó en abrir los ojos, le pesaban los párpados.

Intentó recordar y de lo único que se acordó fue que había estado perdida en medio de grandes tempestades, no sabía si por tierra o por mar.

Se vio a si misma azotada por la lluvia, corriendo sin saber hacia dónde, perseguida por fuerzas diabólicas que ululaban como el viento entre montañas. Sabía que había sufrido mucho y también que parte de lo que recordaba se debía a recientes pesadillas.

Notó el paladar y la lengua áspera. Tenía sed, mucha sed. Hubiera deseado humedecer sus labios con saliva, pero su lengua también estaba seca. Separó los párpados. Ignoraba con qué iba a encontrarse, un auténtico silencio la envolvía.

Vio el techo de una habitación.

Se hallaba tendida en una cama, en una estancia desconocida para ella. Una pequeña luz piloto luchaba con las tinieblas, dando una débil claridad a la alcoba, una claridad que para ella era suficiente, porque regresaba de las oscuridades más densas y siniestras.

Trató de reconocer algo de lo que la rodeaba y no lo consiguió. Quiso incorporarse en la cama y fue entonces cuando adquirió conciencia de lo débil que estaba. Se sentía terriblemente agotada.

Era un cansancio que no dolía, pero sólo para levantar un brazo tenía que hacer un esfuerzo demasiado grande. Permaneció quieta, era como mejor se encontraba. Sus ojos se fijaron en una estufa panzuda y dedujo que el calor de la estancia emanaba de ella.

Como mejor se sentía era quieta dentro de la cama y así dejó que pasara el tiempo.

Mantuvo el telón de los recuerdos bajado para no tener que enfrentarse a ellos.

En aquellos momentos no se consideraba con fuerzas suficientes para ello.

¿Cuántos minutos, cuántas horas pasaron? No lo supo, pero al fin se abrió la puerta y la figura de un hombre avanzó hacia ella. Entre sus manos portaba una bandeja.

—Alexis…

El joven dejó la bandeja sobre la mesita de noche. Se inclinó luego sobre Rosemarie y posó un alado beso en su boca, un beso de amor, de cariño, de confianza, que ella agradeció infinitamente.

Aquel beso fue lo más efectivo para indicarle que estaba a salvo, no sabía de qué peligros, pero sí a salvo.

— ¿Cómo te encuentras?

—Exhausta. ¿Qué me pasó?

—Tuviste un accidente de coche.

— ¿Estoy mal? —preguntó, temiendo lo peor.

—No, por suerte —comenzó a explicar Alexis sentándose al borde de la cama para quedar junto a ella, junto al cuerpo femenino que se silueteaba bajo las mantas—. Tuviste suerte, derribaste dos árboles pequeños y ellos actuaron de freno. Terminaste contra un árbol mayor donde quedaste detenida, pero ya habías mitigado mucho el golpe.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque me temo que fueron los faros de mi coche los que te deslumbraron. Lo siento, era noche de tormenta.

— ¿Llueve aún?

—No, de eso hace tres noches.

— ¿Tres? —repitió, asustada.

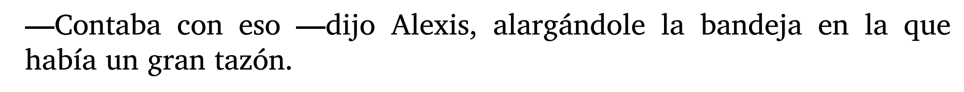
—Sí, has estado con fiebre, temí que cogieras una pulmonía. La verdad es que estuviste a punto. Te encontré empapada de lluvia, aterida. Creo que has pasado por una situación muy difícil. He estado aplicándote ungüentos en pecho y espalda y, sin tú saberlo, te he dado baños cuando estabas dominada por la fiebre y debías de creer que te hallabas en los mismísimos infiernos.

— ¿Pecho y espalda? —inquirió ella.

Alzando las manos por su cuerpo, comprobó que dentro de la cama se hallaba en total desnudez.

—Sí, te he aplicado un ungüento que ha dilatado tus poros y has sudado como nunca. Habrás expulsado todas las toxinas de tu cuerpo.

—Tengo sed, mucha sed.


—Contaba con eso —dijo Alexis, alargándole la bandeja en la que había un gran tazón.

— ¿Qué es?

—Caldo, te sentará bien. Hace tres días que no comes. Te sentirás muy débil.

No protestó. Sin sentir vergüenza ni miedo, protegida en la cama, bebió aquel caldo que la confortó. Alexis debía haberme metido un par de copas de jerez.

— ¿Está bueno?

—Sí, mucho, gracias. ¿Esta es tu casa? —preguntó, dejándose caer sobre la almohada y cubriéndose justo los pechos. No sentía frío.

—Sí, estás en mi casa.

— ¿Y qué dice tu familia?

—Nada, no tengo familia aquí.

— ¿Estamos solos?

—Ajá, has estado sola y desvalida durante tres días en mi casa. ¿No tienes miedo? Ella sonrió y respondió luego con picardía:

—Hubiera preferido estar despierta para saborearlo mejor.

Alexis volvió a inclinarse sobre ella y tornó a besarla. En esta ocasión, el beso fue más largo, más prolongado. Ella lo aceptó como un revitalizador de gran poder que le devolvía las fuerzas perdidas.

—Y ahora, ¿me vas a decir qué es lo que recuerdas?

—Que me deslumbraste con los faros y choqué contra los árboles. Por cierto, ¿cómo está mi coche?

—Medio escondido en el bosque, creo que no lo ha visto nadie.

De pronto, la alegría desapareció del rostro femenino. Oleadas de sombras cambiaron su expresión, estaba recordando.

—Crees que tus amigos volverán a intentarlo otra vez, ¿verdad?

—No considero amigos a quienes fueron capaces de atacarte como lo hicieron.

— ¿Sabías que mataron a una anciana llamada Dina?

—Yo no estaba. Te contaré... —Buscó un cigarrillo, pero miró el rostro

débil y preocupado de la joven y se abstuvo de fumar—. Los Diablos comenzaron por hacer bromas más o menos graciosas, más o menos pesadas, pero la situación fue cambiando. Yo me marché, tenía mis estudios, pero sé que los Diablos se tomaron supuestas justicias por su mano. Castigaban con bromas pesadas a quienes consideraban que habían cometido una falta y así fue degenerando hasta convertirse en una especie de inquisición o Ku-Klux-Klan, un grupo de encapuchados dispuestos a todo, incluso a matar. Ya no eran bromas pesadas lo que llevaban a cabo, eran fechorías bajo una supuesta justicia religiosa o moral. Me he enterado de que estuvieron a punto de quemarte viva como si fueras una bruja detrás del cementerio.

—Así es, no lo olvidaré mientras viva. Nunca había pasado tanto terror como en aquellos momentos. Dios quiso ayudarme descargando una fuerte tormenta con gran aparato eléctrico sobre mí. Ellos se fueron y el fuego se apagó. De no ser por la lluvia, ahora sólo sería un montón de cenizas desperdigadas por la fosa de los malditos.

—La tormenta te salvó.

—Sí, aún no sé cómo pude escapar. Creo que me ayudó la desesperación animal que sentía. Monté en mi coche que habían dejado abandonado y luego me topé contigo.

—Ahora no temas, aquí estás a salvo.

— ¿Saben que estoy aquí?

—Nadie lo sabe. Intuí lo que pasaba y te he mantenido oculta, ni la policía sabe lo de tu coche. Regresé hasta él y lo cubrí con ramas para que sea difícil descubrirlo.

— ¿Y Ottilie?

—Sigue en casa de tu amiga Asien.

—Tus amigos están locos, Alexis, locos. Querían quemarme por bruja.

—No te sucederá nada. Yo sé que tú no eres una bruja.

—Pero tú crees en las brujas, ¿verdad?

—Aquí, lo increíble se hace creíble. No me gusta esta ciudad, cualquier día me marcharé para no regresar jamás.

—Eso mismo es lo que dice Asien, pero no me fío de ella.

— ¿Por qué?

—Alguien registró mi habitación y encontró el pañuelo de la anciana

Diana, me lo restregaron por la cara.

—Fue la señora Ute,

—Ah, ella, debí figurármelo. Esa mujer es medio bruja.

—Ella asegura ser todo lo contrario, pero en los fanatismos, los extremos se tocan. Era la enemiga mortal de la vieja Dina. Ha manejado un poco a los Diablos, se convirtió en una especie de consejera de la caza de brujas.

—Yo no sabía nada. La vieja que mataron, antes de morir, me entregó el pañuelo rojo oscuro dentro del cual había una bola de cristal rojo preciosa, pero creo que diabólica.

— ¿Dónde está esa bola?

—No lo sé. Yo vi un par de ojos satánicos dentro de ella, tuve miedo y perdí el sentido. Cuando desperté, la bola ya no estaba.

—Cabe pensar entonces que la tiene la señora Ute, su hija Asien o tu amiga Ottilie.

— ¿Crees que esa bola tuvo que ver con la aparición del espíritu del viejo Anarsen o tú no crees que fuera un espíritu?

—Hay momentos en que uno no puede creer ni dejar de creer lo que ve, porque la realidad y la irrealidad se confunden. Por cierto, tengo que decirte algo que todavía no sabes.

La preocupación aumentó en el rostro de Rosemarie.

— ¿De qué se trata?

—Un rayo cayó sobre Elie. Dicen que antes vieron al viejo Anarsen, a su espíritu, caminar hacia Elie que no pudo esperar. Luego, todo se iluminó. El espíritu del viejo desapareció y Elie quedó en el suelo, carbonizado.

—Dios mío... ¿Y Laurent?

—Encontraron ya su cadáver en el pantano, terminó flotando cuando el cuerpo se llenó de gases propios de la putrefacción. Murió ahogado y Elie, por un rayo.

—Cuánto horror, jamás hubiera podido pensar que existiera un lugar en la Tierra donde ocurrieran estas cosas.

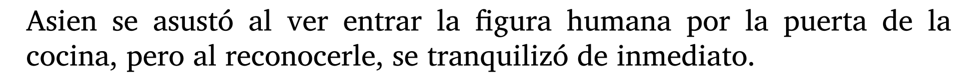
—Puedo sacarte de aquí a escondidas ahora que ya te has repuesto y regresarte a París o...

— ¿Qué? —preguntó Rosemarie, buscando una respuesta en los ojos limpios de Alexis.

— ¿O prefieres que demos solución a lo que está ocurriendo? Quiero decir que el mal está en la bola de cristal de la vieja Dina. ¿Qué decides?

Rosemarie volvió a sentir frío y tiritó. Antes de arrancarle una decisión, Alexis la estrechó contra sí para ofrecerle su fuerza, su calor, la vitalidad que ella tanto necesitaba.

CAPITULO IX



Asien se asustó al ver entrar la figura humana por la puerta de la cocina, pero al reconocerle, se tranquilizó de inmediato.

—Alexis…

—No alces la voz —le pidió él.

— ¿Qué haces aquí?

Antes de responder, el joven cerró la puerta. Luego, bajó la voz para preguntar:

— ¿Quieres ayudarme?

—Sí, naturalmente.

— ¿Sin preguntar?

—Te ayudaré en lo que me pidas.

—Creo que las fuerzas diabólicas están en esta casa.

—No es posible —rechazó Asien tensando sus músculos.

—Podemos averiguarlo. Si me equivoco, quedaremos libres de sospechas. Asien se fijó entonces en una caja que Alexis llevaba consigo.

— ¿Qué es eso?

—Ya lo sabrás. ¿Quieres ayudarme o no?

—Sí, claro. Tú no formas parte de los Diablos.

—No me han gustado nunca sus bromas.

—Bien Me gustaría registrar la habitación de Ottilie.

— ¿Quéee?

—Busco una cosa, es importante.

—Pero eso no está bien —rechazó la muchacha.

—No temas, no es indiscreción estúpida por mi parte.

—Quiero saber de qué se trata.

—Ya te lo diré. ¿Dónde está ahora Ottilie?

—Leyendo en la sala.

—Me interesa que me ayudes, confía en mí.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. No me gusta, pero creo que tienes algo entre ceja y ceja que no es hacer daño.

Con sigilo, tratando de no ser descubiertos, subieron por la escalera.

Asien le señaló una habitación y él la hizo entrar consigo. Luego, cerraron la puerta.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Asien.

—Hay que encontrar una bola de cristal de color rojo.

— ¿Una bola roja de brujería?

—Sí.

—Estás loco, Ottilie no tiene nada de eso.

—Hay que buscar —insistió Alexis, comenzando la búsqueda.

Pasaron los minutos y nada encontraron. El joven se desesperanzó y Asien le dijo:

— ¿Lo ves? No podías encontrarla, no existe.

—Sin embargo, está en esta casa.

Salieron de la alcoba. Alexis se fijó en otra puerta y preguntó:

— ¿De quién es ese cuarto?

—De mi madre. ¿Por qué?

—Quiero verlo.

—No, eso no —protestó Asien, escandalizada, mas ya Alexis avanzaba hacia ella.

—Ya sabes que estoy haciendo mi tesina y debo conocer hechos.

La puerta estaba cerrada, pero Alexis iba preparado y con un alambre grueso estuvo forcejeando hasta que hizo ceder la vieja cerradura.

—No está bien. Si mi madre te ve, se pondrá furiosa.

—Márchate, pero no digas nada.

Alexis dejó a Asien fuera. Cerró la puerta tras de sí, encendió la luz y comenzó a buscar, mientras en la sala, Ottilie leía un libro y la señora Ute caminaba hacia la casa enfundada en un grueso abrigo de pieles.

Su olfato se llenó de olores insoportables.

En la estancia había numerosos tarros de hierbas y todo un laboratorio que la señora Ute había preferido mantener oculto en su propia alcoba.

Lo que Alexis ignoraba es que la mujer dormía en habitación distinta que su marido, pues la relación marital ya no existía entre ambos y en cambio subsistía una relación casi de empresa familiar.

Alexis comenzó a buscar. Se fijó en una cómoda que estaba cerrada y buscó algo para forzarla. Encontró una especie de antiguo puñal abrecartas y forzó la cómoda. Descubrió la hermosa bola roja metida en una caja.

—Aquí está...

La sacó y puso en su lugar otra que llevaba consigo.

No era idéntica, pero podía confundirse con ella. Volvió a cerrar el cajón cuidadosamente y salió de la alcoba. Afuera, nerviosa, esperaba Asien.

— ¿Has encontrado lo que querías?

Vio mucha inquietud en el rostro de la muchacha y no quiso preocuparla más.

—No, no he encontrado nada —mintió.

—Hum, ya sabía yo...

—Sin embargo, tenía que buscar. Por cierto, ¿has sabido algo de Rosemarie? — preguntó con mucha ingenuidad

—No, y me preocupa. Ottilie está esperando sus noticias, dice que no se irá de aquí hasta que la llame.

Se escuchó el ruido de la puerta de entrada.

—Es mi madre.

—Pues será mejor que me vaya.

Asien, que no quería complicaciones con su madre, le ayudó a salir de la casa sin que ella lo descubriera, lo cual estuvo a punto de ocurrir.

—Asien, hija, ¿dónde estás?

Alexis, cargado con la maldita bola de cristal rojo, se perdió en la noche de la ciudad.

* * *

Había una espléndida luna llena. El cielo estaba limpio, lo que no era muy normal en aquellos días de principio de invierno en la ciudad de Shattiger.

Dentro del cementerio se reunieron los Diablos. Avanzaron con cierto recelo; dos muertes había sido motivo para que el miedo se filtrara entre los miembros de la banda de los encapuchados.

El punto de reunión era la tumba del viejo Anarsen, sobre la cual había dos azadas y dos palas. Alexis estaba a la cabecera de la misma, cubierto con una capucha de lana negra como los demás.

—Compañeros Diablos, nos hemos reunido esta noche aquí, a la luz de plenilunio, para terminar con el espíritu del viejo Anarsen y que no vuelva a atacar a ninguno de nosotros.

— ¿Y cómo piensas conseguirlo? —preguntó Gervais.

—Me contaron una historia, os la relataré luego. Ahora, desenterrémosle y os diré cómo romperemos el maleficio.

Aceptaron la orden de Alexis, pues era un líder nato. Las palas comenzaron a sacar la tierra y las azadas a removerla. Se fueron turnando y la fosa ahondando hasta dar con la caja que abrieron sin sacarla de la sepultura.

Encendieron un par de antorchas con las que iluminaron el cadáver.

—Parece que no se ha corrompido —opinó uno de los encapuchados.

—En el momento de la muerte de este desgraciado, la señora Ute le introdujo una cruz de Ankh dentro de la boca, sólo se trata de quitársela. ¿Por qué no lo haces tú, Gervais?

— ¿Y o, por qué yo?

— ¿Acaso tienes miedo?

—Yo no tengo miedo —replicó Gervais, arrogante.

Saltó dentro de la tumba, se inclinó sobre el ataúd y forcejeó en la

boca del cadáver hasta conseguir abrirla. Metió sus dedos dentro y sacó la pequeña cruz de Ankh. Mostrándola, dijo:

—Aquí está.

Por un instante, el viejo semejó recobrar la vida. Alzó sus pinzas ortopédicas y antes de que nadie pudiera impedirlo, las clavó en el cuello de Gervais que ahogó un grito de dolor y terror que estremeció a todos.

La tumba comenzó a moverse y la caja, con los dos cadáveres, se hundió como si de pronto la fosa se hubiera convertido en una sima que conducía a los mismísimas infiernos.

— ¡Señora Ute! —gritó Alexis en medio del fragor que se originaba cuando la tierra se tragaba a los cadáveres, como recuperando algo que le pertenecía.

— ¡Hay que huir! —gritó Philip torpemente.

— ¡Esperad! —Exigió Alexis—. ¡Ella es la culpable de todo! —dijo, señalando a uno de los encapuchados que por la forma de vestir parecía un joven más.

—Yo no soy la culpable de nada —replicó aquélla, descubierta como una miembro de los Diablos.

Otro de los presentes se quitó la capucha y quedó al descubierto. Era la joven Rosemarie, cuya aparición sorprendió terriblemente a todos.

Entre sus manos llevaba un pequeño fardo que desenvolvió y de su interior sacó la bola roja de cristal.

—Esto es suyo, señora. Ute. Satanás la escogió a usted porque ya era más bruja que la vieja Dina.

— ¡No es verdad, no le hagáis caso! —rechazó.

Rosemarie le arrojó la bola de cristal que, sorprendentemente, se alzó en el aire y comenzó a girar por encima y alrededor de la mujer. Después, la bola de cristal descendió hasta quedar entre sus manos.

La señora Ute quiso arrojarla lejos de sí y no pudo, era como si la bola de cristal se le hubiera pegado entre las manos.

— ¡Ella es la bruja, ella! —gritó otro de los encapuchados.

— ¡Quemémosla! —gritó otro.

—Dejadla, no hay que quemar nunca más a nadie —dijo Alexis, casi

como una sentencia.

Con la cabeza encapuchada y la bola de cristal entre las manos, la señora Ute escapó corriendo del cementerio y nunca más se la volvió a ver.

A partir de aquel día, y siempre entre cuchicheos, en la ciudad de Shattiger se dijo que la señora Ute. Con su bola de cristal satánica, se hallaba en las profundas del pantano de donde ya no volvería a salir jamás.

La verdad nunca se supo y los que siguieron viviendo en aquella ciudad no dejaron de temer su aparición, de su protector Satán y de los espíritus criminales que ella podía invocar.

Poco a poco la ciudad se fue despoblando haciéndose más triste, más odiada, más maldita. No volvió a hablarse jamás de los Diablos y nadie quiso encapucharse para salir de noche a cometer fechorías.

Alexis y Rosemarie se instalaron en París. No hablaron nunca de regresar a Shattiger y tampoco Alexis consiguió encontrar el Necronomicón, pero su doctorado sobre el terror en las distintas sociedades fue aprobado con cum lauden. Sin embargo, Alexis nunca quedó satisfecho.

Frente a Rosemarie, cogiéndola por la desnuda cintura tras besarle los hermosos pechos, le preguntó:

— ¿Dónde estará la señora Ute y la maldita bola roja de cristal?

* * *

Amigo lector, si en alguna ocasión encuentras la bola de cristal roja, la verdadera, la que encierra los ojos de Satán, o descubres el lugar dónde se halla el Necronomicón, por favor, escríbeme.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO
ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España